2003

B. PÉREZ GALDÓS

TEATRO

CELIA EN LOS INFIERNOS

COMEDIA EN CUATRO ACTOS

Representóse en el Teatro Español la noche del 9 de Diciembre de 1913.

1.000

MADRID
LIBRERÍA DE LOS SUCESORES DE HERNANDO
Calle del Arenal, núm. 11
1913

B. PÉREZ GALDÓS

TEATRO

CELIA EN LOS INFIERNOS

COMEDIA EN CUATRO ACTOS

Representóse en el Teatro Español la noche del 9 de Diciembre de 1913.

1.000

MADRID
LIBRERÍA DE LOS SUCESORES DE HERNANDO
Calle del Arenal, núm. 11
1913

A Serafín y Joaquín Alvarez Quintero, gloriosos mantenedores de un Teatro resplandeciente de inefable gracia y alegría, arte bienhechor que endulza los amargores de la existencia humana.

Su apasionado admirador y amigo,

B. PÉREZ GALDÓS.

PERSONAJES DE LOS ACTOS 1.° Y 2.°

CELIA, Marquesa de Monte-Montoro, huérfana de padre y madre (23 años)	Nieves Suárez.
DON ALEJANDRO, tío paterno y tutor de Celia (50 años)	Federico Gonzálvez.
DON CRISTOBAL, tío materno y padrino de Celia (48 años)	José Portes.
DOÑA MARGARITA, señora cegata y un poco trastornada de la cabeza: es tía de la madre de Celia (80 años)	Amalia Sánchez Ariño.
DON JOSE PASTOR, antiguo empleado en la administración de la casa; después ayo de Celia, y su mejor amigo y consejero (52 años)	Pedro Sepúlveda.
GERMAN, empleado en las oficinas de la casa; joven de buena figura, simpático, elegantito, con extraordinaria facilidad de palabra y talento más brillante que sólido: carácter inconsistente (25 años)	Ricardo Calvo.
ESTER, hermana de leche de Celia, que se ha criado en la casa y la asiste como doncella ó costurera: es muchacha lista, bien educada, carácter enérgico un poco adusto, temperamento vivo con apariencia de frialdad (23 años)	María Palou.
MELCHORA, hembra lozana, planchadora	Carmen Muñoz.
LUCIA, doncella de Doña Margarita.	Ana Navacerrada.
PATERNA, ricachón amigo de la casa (50 años)	Antonio Gimbernat.
TERESA, su esposa (42 años)	Pilar Castejón.
LA CONDESA DE ANGOSTURA, amiga de la casa (50 años)	María Millanes.
UN NOTARIO	Francisco Cejuela.
SIMON, criado, con librea	Salvador Marín.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie sin su permiso podrá traducirla, ni reimprimirla, en España, ni en ninguno de los países con los cuales se haya celebrado ó se celebren tratados internacionales de propiedad literaria.

673186

ACTO PRIMERO

Gabinete elegantísimo de Celia en el palacio de Monte-Montero. Al fondo, cristalera por donde se ve parte del jardín. A la izquierda del foro, paso para las oficinas de la casa. A la derecha, paso hacia las dependencias inferiores: cocina, plancha, y servidumbre. A la izquierda primer término, puerta que conduce á las habitaciones de Doña Margarita y al salón. A la derecha, la puerta de la primera caja conduce al oratorio, la segunda al tocador y baño de Celia. A la izquierda segundo término, un elegante mueble con libros encuadernados lujosamente. En el proscenio izquierda, frente al público, un pupitre de señora donde Celia tiene sus enseres para escribir. Entre los objetos preciosos que hay en este mueble, descuella un retrato de la madre de Celia con marco de bronce. En el proscenio derecha, frente al público, un sofá donde pueden sentarse dos ó tres personas. Repartidos en la escena sillas y sillones de alta novedad. Es de día. La acción del primer acto se desarrolla en Madrid en el mes de Marzo.

Derecha é izquierda se entienden del espectador.

ESCENA PRIMERA

CELIA, DOÑA MARGARITA, sentadas en el sofá; DON ALEJANDRO, DON CRISTÓBAL y el NOTARIO, sentados junto al pupitre; detrás de éste, en pie, DON JOSÉ PASTOR y GERMÁN. Antes de terminar la escena, se asoma por el fondo ESTER, curioseando. EL NOTARIO, después de leer el acta en que se declara terminada la tutoría de Celia, deja los papeles sobre la mesa.

NOTARIO

He terminado; ahora ya pueden ustedes ir firmando.

DON ALEJANDRO

(Disponiéndose á firmar.) Ya eres mayor de edad, sobrina mía; ya eres dueña de tus actos.

DOÑA MARGARITA

De tus actos y del inmenso caudal que te legaron tus padres. ¡Ay! Contentos estarán en la gloria tus buenos padres al verte en tu nuevo estado, dirigiendo tus pasos por el camino de la más estricta rectitud.

CELIA

Así lo haré. No se me oculta que con la libertad tengo la responsabilidad de mi con-

ducta. Haré honor á mis buenos padres, que en gloria estén, y seguiré el ejemplo de mis queridos tíos que me han gobernado hasta este día supremo de mi vida.

DON ALEJANDRO

(En pie junto al sofá.) Te hemos gobernado fielmente, con plena conciencia de nuestro deber. Ya eres dueña de todo. Disuelto hoy el consejo de familia, ya no tenemos autoridad sobre ti.

DON CRISTÓBAL

(Después de firmar.) Poco á poco; la ley establece una excepción. (Coge el acta y se la da á Germán.) Lleva esto á la oficina, que allí vendrán á firmar los demás señores. (Vase Germán por el foro izquierda. Pasa don José Pastor á colocarse detrás del sofá, y da palmaditas cariñosas en el hombro de Celia.)

PASTOR

Ciertamente, la ley previene una excepción. Fíjate bien, niña.

DOÑA MARGARITA

Justo; tendremos que intervenir de nuevo

cuando llegue el caso de tomar estado, ya sea en el orden matrimonial, ya en el eclesiástico.

CELIA

¿Qué dice usted, tía?

DOÑA MARGARITA

No sé cómo tengo hoy la cabeza. He querido decir, ó que te casas con un caballero, ó entras en una santa congregación.

CELIA

¿Congregación ha dicho? ¡Ay, querida tía! No tengo, ni creo tendré nunca vocación de monja.

DOÑA MARGARITA

Muy pronto lo dices, chiquilla. ¿Qué sabes tú? Desconoces aún los goces más puros del alma.

DON ALEJANDRO

El estado matrimonial es el de más cuidado, y por eso la ley establece la permanencia temporal en nuestras funciones.

DOÑA MARGARITA

Sí; porque estas niñas que en edad tan temprana ejercitan el derecho de gobernarse á sí mismas, no tienen criterio ni pulso para escoger ese apoyo moral y material que llaman marido.

DON CRISTÓBAL

Mi tesis es que estas plantas tiernas corren el peligro de ajarse y perderse, si las personas mayores no acuden en su auxilio para proporcionarles un injerto feliz.

DOÑA MARGARITA

De eso me cuido yo, que he sido siempre la mejor casamentera. Yo casé á tu padre con mi sobrina Eloísa, tu santa madre. ¿Qué tienes que decir de aquella boda? Pues, como hice aquélla, haré ahora la tuya. Yo me encargo de buscarte el esposo que más te conviene.

CELIA

No se tome usted ese trabajo, querida tía de mi madre y propiamente abuela mía; no se

tome ese trabajo, que resultaría quizás muy fatigoso para usted, y además enteramente inútil. Si puedo disponer libremente de los dineros que me legaron mis padres, ¿por qué no he de disponer de esta pobre mano mía, que es más propiamente mía que los miserables intereses? (Vuelve á la escena Germán, y se coloca detrás de todos, atento y silencioso.)

DOÑA MARGARITA

¡Ah! Ya tenemos en campaña á la chicuela respondona que quiere saber más que los viejos.

CELIA

No es eso, tía; es que... (Levántase, y se pasea por la escena.)

DON ALEJANDRO

(Aparte á Celia, en la izquierda.) (No hagas caso de la tía Margarita; la pobre está un poco...) (Indicando chifladura.)

NOTARIO

La ancianidad peca siempre de suspicaz y excesivamente previsora.

DON ALEJANDRO

Nuestro deber es aleccionarte.

DON CRISTÓBAL

Escogerte lo mejor.

CELIA

(Sentándose junto al pupitre, mientras don Alejandro y el Notario pasan hacia el sofá.) Bueno, bueno: es prematuro hablar de eso. Ya me figuro que las ideas de mi buena tía serán casarme con un rico...

DOÑA MARGARITA

Conviene, sí, cortar el paso á los pelagatos ambiciosos.

DON ALEJANDRO

No es eso precisamente. Debemos traer á tu lado á una persona de alta distinción...

DON CRISTÓBAL

Aliar las dos noblezas, la de la cuna y la de...

CELIA

Ya, ya. El dinero no me hace falta, pues lo tengo tan de sobra, que no sabré qué hacer con él. La alcurnia tampoco me seduce. ¿Quieren que les diga con toda sinceridad mi pensamiento? Pues allá va. Si prevalecen las ideas que hoy tengo en mi cabeza, pueden suceder dos cosas: ó que no me case nunca, y me dedique á vestir imágenes, ó me case con un pobre...; entiéndase bien... con un pobre decente y de buenas costumbres. (En este momento de la escena, aparece Ester cautelosa curioseando, y Germán con un gesto le manda salir.)

DOÑA MARGARITA

(Riendo.) Muy bonito, muy bonito, y hasta poético.

DON ALEJANDRO

Romanticismo de la estofa más cursi, hija mía.

CELIA

(Riendo.) Me alegraría mucho ser ante el mundo una cursi solterona, inmensamente rica. (Se ríen todos.)

DON ALEJANDRO

Sobrinita querida, ya estás en edad de refrenar tu ingenio festivo.

DOÑA MARGARITA

(Nerviosa, levantándose, coge del brazo al Notario, creyendo que es don José Pastor.) Oye tú, Pastor, ¿no crees como yo que tu cara discípula está un tantico desconcertada?

NOTARIO

No soy Pastor, señora; soy el notario, Anselmo Urízar, para servir á usted.

DOÑA MARGARITA

¡Ay! ¡cómo estoy hoy de la vista!

CELIA

(Dirigiéndose á Pastor, le pone la mano en el hombro.) Este es Pastor, querida tía. Habla en favor mío tú que has sido testigo de mi vida infantil, desde que yo andaba gateando por esta sala.

PASTOR

Niña querida; yo que te he dado mimo y caramelos cuando eras buena, y no pocos azotitos cuando tus travesuras pasaban de la raya; yo que te enseñé á leer y escribir amándote con ternura paternal, tengo el derecho de decirte hoy, que al entrar en la mayor edad, debes acortar los vuelos de tu imaginación y ponerte á tono con las realidades de la vida. Te sobra inteligencia; tu corazón es excelente: obedece sus inspiraciones; pero no será malo que, para andar por el mundo, domestiques tus nervios y sometas á disciplina tus antojos. (La acaricia.)

DOÑA MARGARITA

No le hagas fiestas, Pastor; dale unos azotitos.

DON ALEJANDRO

Azotes, como cuando hacía volatines en los árboles del jardín.

DOÑA MARGARITA

O cuando se escapaba á la calle para corretear con los chiquillos desarrapados.

DON CRISTÓBAL

O cuando te tiznaba la cara, querido Pas-
:or, si vencido del cansancio te quedabas dor-
nido.

CELIA

Tan juiciosa he de ser ahora que, por ex-
:eso de juicio, han de querer castigarme.

SIMÓN

(Por la izquierda, anunciando.) La señora Con-
desa de Angostura y su hijo Ricardito, están
en el salón.

DOÑA MARGARITA

Vamos.

SIMÓN

Y en este momento descienden de su auto-
móvil los señores de Paterna y su hijo don
Luis. (Vase Simón.)

DON ALEJANDRO

Ven tú también, Celia.

CELIA

En seguida iré.

DON CRISTÓBAL

No te descuides, Alejandro; tienes que irte á Barcelona esta tarde.

DON ALEJANDRO

Hay tiempo todavía para preparar mi viaje.

NOTARIO

(Despidiéndose de Celia.) Mi más cumplida enhorabuena, señorita; me tiene á sus órdenes para cuanto se le ocurra.

CELIA

Gracias, don Anselmo; ya sabe cuánto le estimo.

DOÑA MARGARITA

Voy al salón.

CELIA

Yo iré al momento. Hoy, tiíta, estás un poco alterada de los nervios... de la cabeza. (Reaparece por el fondo Ester, curioseando.) ¿Has tomado el bromuro?

DOÑA MARGARITA

Se me olvidó... ¡Con estas cosas!...

DON ALEJANDRO

Venga, Margarita. (A Celia.) No tardes. (Salen por la izquierda don Alejandro, don Cristóbal, doña Margarita, Pastor y el Notario.)

CELIA

No tardaré. (Reparando en Ester.) Ester, oye.

ESTER

¿Qué me mandas? (Corre hacia ella.)

CELIA

Dale la medicina á la tía. Ya sabes, una papeletita de bromuro. Llévaselo al salón.

ESTER

Voy corriendo. (Vase por el foro derecha.)

ESCENA II

CELIA, GERMÁN; después PASTOR y ESTER

GERMÁN

(Besando la mano rendidamente á Celia.) Mi felicitación á la rica hembra, á la dama ilustre que hoy ha subido al pináculo de la sociedad donde tiene su trono excelso.

CELIA

(Con donaire, intentando taparle la boca.) Calla, calla; charlatán, embustero.

GERMÁN

Déjeme seguir.

CELIA

Calla, te digo. Tus palabras son de oro. Si tus ideas correspondieran á tus palabras, serías millonario.

GERMÁN

Principio y fundamento de la riqueza es el propósito de conquistarla. Soy pobre; pero el camino para dejar de serlo, me lo enseñarán mi inteligencia y mi trabajo.

CELIA

Ya te entiendo. Tu cerebro es una torre con campanas que constantemente lanzan al aire sonidos vibrantes... (Entra por el foro derecha Ester, con un vasito de agua que agita con la cucharilla. Al oir el tintín de la cucharilla detiénese Celia.) Date prisa, Ester. (Ester sigue con paso ligero hacia la izquierda, agitando la cucharilla; detiénese en la puerta, mirando un instante á Celia y Germán. Continúa Celia la frase interrumpida.) Tu cerebro es un campanario, tín, tín, ton. Debajo de ese campanario no hay más que una iglesia vacía y sin culto.

GERMÁN

Fácilmente demostraré á usted que en esta iglesia hay devociones ardientes, y no faltan imágenes bellas, adoradas.

CELIA

Eres poeta. Ya sabes que los poetas no son santos de mi devoción. Yo, como el personaje de Molière, hablo prosa sin saberlo.

GERMÁN

Yo también.

CELIA

Pero tú, Germán, sin saberlo eres poeta, poeta positivista. Trinas en la enramada pidiendo á Dios que te dé buenos negocios. (Riendo.) Me parece que estoy en lo cierto.

GERMÁN

¡Ah, señora! Ya le explicaré. En efecto, los pobres nos pasamos la vida trinando, y...

PASTOR

(Entra por la izquierda seguido de Ester con el vaso ya vacío.) Tienes el salón lleno de gente; te están esperando.

CELIA

(Disgustada, levantándose.) Allá voy.

ESTER

(A Celia.) ¿Me mandas algo más?

CELIA

Ahora no, retírate; ven luego por aquí. (A Pastor.) Además de los Paternas y la Angostura, ¿quién ha venido?

PASTOR

Ahí están el Barón de la Cinta con su hijo el Marquesito de Rocafiel; la viuda de Quimondo con sus hijas y el chico mayor; la Duquesa de Cumbres Pardas, y los de... En fin, vete al salón, que hay que cumplir con la sociedad.

CELIA

¡Ay, qué fastidio! ¡Sociedad! Debieras llamarte... vaciedad. (Vase lentamente por la izquierda.)

ESCENA III

PASTOR, GERMÁN; después ESTER

PASTOR

Germán, vete á tu oficina, que no conviene holgar tanto.

GERMAN

Dispénseme el amigo Pastor; hoy es fiesta en la casa; además, esta mañana, cuando vine á la firma de las cartas, me dijo la señorita Celia: «en cuanto acabe la lectura del acta notarial, vienes aquí para hacerme un estado de...»

PASTOR

¿De qué?

GERMÁN

Un estado de las cantidades que tiene en cuenta corriente en los Bancos.

PASTOR

Lo primero es dar cuenta á los Bancos de la mayor edad de Celia. Hay que poner tres oficios, uno para cada Banco; así lo entiendo yo. Vete á la oficina, extiende los oficios, y los traes con la copia del acta notarial que debe estar allí. (Entra Ester por el foro derecha.) Ester, ¿qué buscas aquí?

ESTER

Me dijo Celia que me llamaría.

GERMÁN

Pues no te ha llamado.

PASTOR

(A Germán.) ¡Ea! despabila tú. (Vase Germán presuroso por el foro izquierda.)

ESCENA IV

PASTOR, ESTER

ESTER

¿De veras no me ha llamado Celia?

PASTOR

Parece que eres tonta; ¿no la viste ir al salón? Aún tiene allí para rato.

ESTER

La esperaré aquí, si usted me lo permite, señor Pastor.

PASTOR

Sí, quédate; hablaremos un poquito. (Se sienta fatigado.)

ESTER

(Permaneciendo en pie.) ¡Ay, qué alegría! Ya no manda aquí nadie más que Celia; ya, como dice Germán, pasan á la historia el cazurro de don Alejandro, y doña Margarita, toda hiel y vinagre, y los demás esperpentos del

consejo de familia. Celia es el ama, y puede disponer como quiera de todo lo que es suyo... Dará gusto verla, tirando de talonario y extendiendo cheques para favorecer... á las personas que más la quieren.

PASTOR

Ya te veo, pícara. Tú aspiras á recibir de Celia un buen donativo como criada predilecta que eres.

ESTER

Perdone usted, don José; yo no soy propiamente criada.

PASTOR

Es verdad, eres algo más; eres hermana de leche de Celia.

ESTER

Mi madre le dió el pecho; aquí me crié; he sido compañera leal de la señorita, que comúnmente me llama su amiga. Le debo la vida, la educación, y me enorgullezco de ser su doncella, su modista, su limosnera, su consejera en muchos casos.

PASTOR

Fundada en eso, esperas un buen regalo... una dote que te sirva de cebo para pescar marido.

ESTER

No he pensado en eso, pero no niego que pueda ser, y que sea cosa justa; cuento con su apoyo, don José.

PASTOR

(Vacilando.) Sí... no sé...; con franqueza, Ester: para que yo te apoye en tu pretensión, sería menester que disiparas ciertas hablillas; cierto runrún que corre por la casa, y que la verdad, si la cosa es cierta, te favorece muy poco.

ESTER

(Asustada.) ¿Rumores...? ¿tocantes á mí?

PASTOR

A ti... y en ello figura otra persona.

ESTER

¿Quién?

PASTOR

No sé si debo decirtelo. (Se lo dice en voz baja. Aparece por el foro derecha Melchora, cautelosamente, mirando á Ester.)

ESCENA V

PASTOR, ESTER, MELCHORA

MELCHORA

(Aparte en el foro.) Ya está esa bribona embaucando al pobre don José.

PASTOR

(Reparando en Melchora.) ¡Ah, Melchora! pasa. ¿Qué se te ofrece?

MELCHORA

(Avanzando lentamente, dirigiendo á Ester miradas rencorosas.) A lo que parece, hoy entra la señorita en la edad de gobernar su casa y mandar á toda la familia. Aquí la espero para presentarle mi dimisión. ¿No se dice así, don José?

PASTOR

Así se dice.

MELCHORA

La dimisión del cargo de planchadora que he desempeñado en esta casa por más de siete años.

ESTER

Vete á terminar tu trabajo como Dios manda, que tiempo tienes de despedirte.

MELCHORA

Yo sé mi obligación, y no aguanto órdenes más que de la única persona que puede dármelas.

ESTER

Desmandada estás hoy, Melchora; ¿qué mosca te ha picado?

MELCHORA

Me ha entrado la picazón de hablar claro, y tú lo has de oir, marimandona, intrusa. Cada cual en su puesto. A un lado las mujeres que no engañan, á otro las que son más falsas que Judas.

ESTER

(Afectando buen humor.) ¡Qué risa! ¿Ha visto usted, don José, qué insolencia?

PASTOR

¡Ea! Haya paz, señoras; cada cual á su obligación.

ESTER

(A Melchora, imperiosamente.) A tu plancha, pronto; nada tienes que hacer aquí... ¡La hora que es, y no me has planchado mis blusas!

MELCHORA

(Iracunda.) Te las plancharé y te sacaré mucho brillo para que todo el mundo vea tus enredos.

ESTER

Estúpida, te desprecio.

MELCHORA

Yo, ni eso; por no rebajarme.

PASTOR

Melchora, no te sulfures. (Reparando en un librito que Melchora lleva en el bolsillo de su delantal. ¿Qué libro es ese? Dámelo. (Se lo quita.)

ESTER

(Vivamente, muy excitada.) Es mío, me lo ha quitado esta feróstica; démelo, don José.

MELCHORA

Lo dejó olvidado en su mesa de noche; no tiene la cabeza buena.

ESTER

(Intentando quitar el libro á Pastor.) Mi libro, mi libro.

MELCHORA

De algún tiempo acá, la señorita Ester anda, como aquel que dice, en hociqueos con la letra de molde. Tiene buen maestro. Guarde el libro, don José, y vea que en lo blanco hay garabateo de lápiz. A mí me es-

torba lo negro y lo blanco; lea, don José, y entérese.

ESTER

(Queriendo recobrar el libro por la fuerza.) Déme, déme por Dios; estas bromas son muy pesadas.

MELCHORA

¿Bromas, eh?

PASTOR

¡Ea! basta. (Guarda el libro en el bolsillo interior del pecho.) Déjenme las dos. (Entra súbitamente por el foro izquierda don Alejandro seguido de Germán, el cual trae muchos papeles.)

ESCENA VI

PASTOR, DON ALEJANDRO y GERMAN

DON ALEJANDRO

¿Qué es esto? ¡Eh! (A Ester y Melchora.) Largo de aquí. (Vanse Ester y Melchora por el foro derecha una tras otra, recriminándose en silencio.) ¿Qué quieren estas simplonas?

PASTOR

Nada. Disputan y se pelean por cuál sirve mejor á su señora.

DON ALEJANDRO

No haría mal mi sobrina en cambiar toda su servidumbre. (A Germán.) Deja aquí esos papeles. (Se sienta junto al *necessaire*.) Aquí firmaré las cuentas; (firmando) las presento al Juzgado nada más que por fórmula, pues mi tutoría ha sido, como sabe todo el mundo, un modelo de legalidad.

PASTOR

Cierto. ¿Y las llevará usted al Juzgado?

DON ALEJANDRO

No; las llevarás tú. Yo no puedo retrasar mi viaje á Barcelona. Tengo que asistir á la reunión de Sociedades de Seguros. Ocúpense ustedes de lo que hay que hacer para traspasar á Celia las cuentas de los Bancos.

Todo puede quedar en regla mañana. Ahora falta que esas dichosas visitas levanten el campo.

PASTOR

(Asomándose por el fondo.) Ya van desfilando.

DON ALEJANDRO

Ya era tiempo.

ESCENA VII

Los mismos; CELIA y DOÑA MARGARITA, por la izquierda.

CELIA

¡Ay! Ya descanso de las visitas. ¡Cuánta felicitación! ¡Cuánto halago! ¡Qué empalagosas dulzuras!

DOÑA MARGARITA

Desde hoy eres el rico panal de la fábula.

DON ALEJANDRO

Y á ti acuden cien mil moscas golosas; pero descuida: nosotros te las sacudiremos.

CELIA

¡Qué insufrible mosconeo! (Simulando que habla con las visitas.) Ya veo vuestro pensamiento. Soy muy rica, muy rica; pero aquí me tienen decidida á no casarme nunca ó casarme con un pobre... Abur, abur. Vayan con viento fresco.

DON ALEJANDRO

Yo también detesto las visitas pegajosas.

DOÑA MARGARITA

Ya has cumplido por hoy tus obligaciones con la sociedad. Yo, menos feliz que tú, tendré visiteo para toda la tarde.

CELIA

(Cariñosa.) Tiíta. ¿Te ha sentado bien el bromuro?

DOÑA MARGARITA

Divinamente; tengo la vista clara, y la cabeza despejadita... Hoy presido en casa la Junta de damas que protegen la trata de blancas.

CELIA

¿Qué has dicho, tiíta?

DON ALEJANDRO

(Sonriente.) Ha dicho usted que protegen la trata.

DOÑA MARGARITA

No, no; que persiguen... que perseguimos... esa infamia.

CELIA

¡Pobrecita tía!

DOÑA MARGARITA

En la Junta de hoy te nombraremos vocal, y desde la próxima semana tendrás que asistir á nuestras reuniones.

CELIA

(Horrorizada.) ¡No por Dios, tía! no me meta usted en esas andanzas; no sirvo yo para eso.

SIMÓN

(Por el foro, anunciando.) La señora Duquesa de Armada; la señora Marquesa de Valvanera.

DOÑA MARGARITA

Ya empiezan á llegar las de la Junta; voy á presidir. (Vase por la izquierda renqueando.)

DON ALEJANDRO

Y yo á prepararme para bajar á la Estación. (A Pastor, dándole unos papeles.) Esto, al Juzgado.

PASTOR

(Metiéndolos en el bolsillo.) Muy bien.

DON ALEJANDRO

(A Germán.) Tu no olvides de hacer firmar á Celia las tres cartas á los Bancos.

GERMÁN

Ya, señor: váyase tranquilo.

DON ALEJANDRO

(Mirando su reloj.) Hasta luego, Celia. No me iré sin decirte adiós.

ESCENA VIII

CELIA, GERMÁN

CELIA

Según dijo mi tío, algo tengo que hacer todavía.

GERMÁN

Poca cosa, señora; firmar las cartas que usted dirige á los tres Bancos, para que le abran cuenta corriente.

CELIA

Venga. ¿Dónde firmo?

GERMÁN

Aquí, señora.

CELIA

(Deja la pluma.) Ya están las tres. Yo creí que con un solo Banco bastaba.

GERMÁN

Cierto que con uno bastaría; pero, como dice el refrán, por mucho pan no es mal año.

CELIA

¿De modo que en los tres Bancos tengo dinero?

GERMÁN

Mucho dinero... para disponer cuando guste de las cantidades grandes ó chicas que vaya necesitando. Aquí tiene la señora los tres talonarios.

CELIA

¿Y esto es tan sólo para las necesidades menudas de la vida corriente? Detrás de esto hay más.

GERMÁN

Mucho más.

CELIA

Siéntate, Germán. (Germán se sienta al otro lado del pupitre.) Háblame con toda franqueza. ¿Es cierto que soy tan rica?

GERMÁN

Inmensamente rica.

CELIA

¿Y crees tú—háblame con sinceridad—que todo eso es mío, exclusivamente mío?

GERMAN

Pues ¿de quién ha de ser más que de usted, única heredera de los señores Marqueses de Monte-Montoro?

CELIA

¿Y mis padres heredaron de mis abuelos esa riqueza?

GERMAN

No conozco bien la historia de su ilustre familia.

CELIA

¡Ay, Dios mío! ¿Creerás que ser tan rica me causa tristeza?

GERMAN

¿Por qué, señora?

CELIA

No sé cómo expresarlo. Oye, Germán, otra

cosa. ¿Puedes decirme la cifra, poco más ó menos, á que ascienden esos caudales míos?

GERMAN

Puedo hacer un cálculo aproximado. En valores mobiliarios, en propiedad rústica y urbana, la señora posee un capital cuya renta no bajará... (Calculando.)

CELIA

Calcula bien; no te equivoques.

GERMÁN

Una renta de dos mil seiscientos á dos mil ochocientos duros diarios.

CELIA

(Llevándose las manos á la cabeza.) ¡Diarios! ¿Sabes lo que dices? (Germán hace signos afirmativos.) Pues, ahora te digo que el ser tan rica me confunde... me abruma.

GERMAN

No lo entiendo.

CELIA

No ceso de pensar que la mayor parte de los seres humanos viven en la miseria.

GERMAN

Cierto. También lo es que, por existir tanta pobreza en las clases inferiores, las clases ricas tienen la satisfacción de hacer mucho bien, protegiendo y amparando á los desvalidos.

CELIA

Eso me consuela; en cambio, la regla social de que las mujeres ricas han de casarse con hombres ricos, y las pobres con pobres, me entristece... me aturde.

GERMAN

Difícil es, señora, cambiar esa regla.

CELIA

Pues yo te digo que me andan por el magín ideas que no vacilo en llamar atrevidas.

GERMAN

¿Qué ideas son esas, señora? Dígamelas.

CELIA

Si yo fuera hombre, ó si las mujeres gobernaran, yo haría una ley ordenando que todas las ricas se casaran con muchachos pobres; no quiero decir con muchachos desarrapados y sucios, sino decentitos y bien educados.

GERMAN

La ley sería justa, pero irrealizable en la práctica, y habría que completarla.

CELIA

Ya sé...; ordenando que los caballeros ricos se desposaran con doncellitas del pueblo. La ley debiera aplicarse severamente sin falsearla como se falsea todo en España.

GERMAN

Muy bien.

CELIA

Dime otra cosa, Germán... y no lleves á mal que tu ama te hable con la mayor franqueza... Dime, Germán, ¿tú eres pobre?

GERMAN

Bien sabe la señora que mi única renta es el sueldo que cobro en esta casa.

CELIA

Y que lo ganas bien; todo el santo día haciendo cuentas... ¿Y no tienes tú algún pariente próximo ó lejano que pueda dejarte una herencia?

GERMAN

Todos mis parientes son más pobres que yo.

CELIA

Pues estás aviado; tú me dijiste hace días que si eras pobre de bolsillo, eras rico de cerebro; es decir, que á falta de dinero tienes ideas grandes, felices, que un día pueden ser fecundas.

GERMAN

Así lo dije; tengo ideas, propósitos y planes que, realizados con arte y conocimiento de la vida, podrían llevarme á mejor posición.

CELIA

¿Y por qué no me explicas esos planes tuyos? Podría yo ayudarte...

GERMAN

Son sueños de pobre, señora. Condición del pobre es soñar, imaginar arbitrios honrosos para que vengan á su bolsillo los dineros que en otros bolsillos están de sobra. Pienso constantemente en el equilibrio social, que hoy no existe y que debe existir para que tengamos justicia en la tierra. ¿Qué razón hay para que unos carezcan de medios de vida y otros los posean de un modo exorbitante? Por todas partes vemos que la inteligencia y la actividad perecen, y la holganza sin ideas rebosa de bienestar.

CELIA

Sí, sí; ese desequilibrio es horrible: tienes talento, Germán.

GERMAN

(Con modestia.) Señora, por Dios...

CELIA

Tienes talento; bien claro lo demuestras; concibes medios ingeniosos para enriquecerte sin conseguirlo; y en cambio yo, que soy una bruta y no discurro nada...

GERMAN

(Vivamente.) No siga usted por ese camino, señora; usted es una dama inteligentísima de noble corazón, y yo un infeliz.

CELIA

No te rebajes, hipócrita; tú vales mucho, Germán. Aquel día, cuando me hablabas de tus proyectos y tus invenciones, dijiste: «yo haría esto y lo de más allá si tuviera capital, algún capital».

GERMÁN

Así lo dije, y no me vuelvo atrás; imaginaba yo una Sociedad de Seguros enteramente popular...

CELIA

En suma: que no tienes capital, y sin capital, los sueños, sueños son.

GERMÁN

Y los sueños míos... no pueden tener un despertar positivo.

CELIA

¿Qué sabes tú, tonto? ¿Por qué no has de despertar en una realidad hermosa?

GERMÁN

(Suspenso.) Señora...

CELIA

Volvamos nuestros ojos hacia el equilibrio social. ¿Tú no tienes capital? Pues bien, yo lo tengo.

GERMÁN

(Levántase súbitamente emocionado.) Señora... ama y señora mía; ¿se burla usted de mí?

CELIA

No me burlo; digo que tú tienes las ideas industriales, y yo el capital.

GERMÁN

(Paseándose agitado por la escena.) Usted me trastorna, me enloquece.

CELIA

(Levántase y va tras él.) ¿Pero, qué dices?

GERMÁN

(Detiénese y se pasa la mano por la frente.) Perdóneme usted, Celia; es usted un ángel.

CELIA

(Riendo.) ¡Un ángel yo! Ja... ja. Pues si mi tía Margarita dice que soy un demonio!... Ja... ja. Un demonio, sí, porque gusto de re-

belarme contra la rutina social; porque no soy hipócrita ni encubro mis sentimientos.

GERMAN

Yo repito que usted es un ángel. (Celia sigue riendo.) Bueno, pues un demonio, un demonio encantador, un diablillo angelical.

CELIA

Siéntate. (Le lleva á la silla donde ella estaba sentada.)

GERMAN

¿Aquí?

CELIA

Aquí, en mi sitio.

GERMAN

¿Y usted se sienta donde yo estaba?

CELIA

No; el diablillo angelical se pasea para que le dé el aire. (Se pasea.) Bueno; pues hablemos ahora. Sigo desarrollando mi tesis... como dice mi padrino don Cristóbal, que á

todo triquitraque saca su tesis. Ayer, al sentarnos á comer, dijo: «mi tesis es que antes de la sopa no se debe comer melón».

GERMÁN

Así habla el buen señor. Hable usted, Celia, aunque sea con tesis.

CELIA

Pues mi tesis es, que es forzoso aplicarte la ley de equilibrio social; esa ley, todavía no promulgada, pero que se promulgará; me anticipo á la obra legislativa disponiendo que te cases con una mujer rica.

GERMÁN

(Atónito.) ¿Yo? Y esa mujer, ¿dónde está?

CELIA

¡Ah! Ya la buscaremos: yo te la buscaré. ¿De qué te asombras? ¿Es cosa nueva que un pobre se case con una rica?

GERMÁN

(Absorto.) No es nuevo; pero es imposible que esas cosas pasen por inspiración repentina.

CELIA

Pero, tonto; al hablarte de buscar la novia, no es cosa de hoy ni de mañana; en esto, como en todo, no se puede hacer nada sin contar con el tiempo.

GERMÁN

¿Pero usted se ha fijado ya en alguna?

CELIA

A su tiempo lo sabrás.

GERMÁN

Debo saberlo pronto; porque si es antipática, fea y de mal carácter, no la quiero aunque me la traigan con todas las minas del Potosí.

CELIA

Has de aceptarla previamente: yo te aseguro que no he de darte ningún esperpento.

GERMÁN

Pues bien; me fío de usted absolutamente. Acepto la mujer que me traiga: ¿será bonita?

CELIA

No me preguntes nada; has dicho que aceptas á ciegas.

GERMAN

Pues á ciegas.

CELIA

Figúrate á tu futura como la más conforme á tu ideal.

GERMAN

Me manda usted que siga soñando. Imagino á mi futura con la forma y atributos que más me agradan... Pero esto no puede ser, señora mía: ¿cómo quiere usted que yo fabrique con los elementos de mi pobre fantasía una mujer distinta de la que tengo ante mis ojos?

CELIA

(Risueña y graciosa.) Prescinde de mí; bórrame á mí, tontaina, y compón la imagen de tu futura como mejor te cuadre.

GERMAN

(Cerrando los ojos.) No puedo; no puedo... Apártese usted, Celia; déjeme solo si quiere

que yo imagine persona que no existe, que no puede existir fuera de aquí.

CELIA

Sosiégate, pobrecito; paréceme que has caído en un error...

GERMAN

¿Un error? ¿Cuál es?

CELIA

Una equivocación nacida de tu amor propio.

GERMAN

(Confuso.) Ya...; es que...

CELIA

(Soltando la risa.) ¿Es que te has creído, pobre iluso, que la mujer rica que yo te proponía para esposa soy yo? (Sigue riendo.)

GERMAN

(Atolondrado.) Creí... no, no; no pude creer tal absurdo. Perdóneme usted, señora.

CELIA

Estás perdonado; vuelve en ti.

GERMAN

Vuelvo en mí.

CELIA

No te incomodes. Si creíste que era yo tu prometida, te subiste demasiado alto. Tu ambición te cegó, Germán.

GERMAN

Soy hombre; nadie está libre de una ilusión absurda; el soñador, disparado, fácilmente se sube al cielo.

ESCENA IX

CELIA, GERMAN, ESTER; Ester entra de puntillas, cautelosamente, por el foro derecha.

CELIA

¿Quién entra?

GERMAN

(Muy inquieto.) No sé; voy á ver. (Dirígese hacia el fondo, y al ver á Ester, por señas le dice enérgicamente que se marche.)

ESTER

(Con voz casi imperceptible.) ¿Está?

GERMAN

(Aterrado, imponiéndole silencio.) ¡Chitón! (Obligándola á salir á empujones.) Fuera: ahora no puede ser; la señora está ocupada. (Desaparece Ester; Germán, disimulando con mucho trabajo su consternación, vuelve al lado de Celia.)

CELIA

¿Quién era?

GERMAN

(Vacilante.) La... una de las pinchas... Rafaela... Ha corrido la voz de que la señora piensa variar su servidumbre.

CELIA

¡Qué disparate! (Óyese vocerío lejano de mujeres por el foro derecha.) ¿Pero qué voces son esas?

GERMAN

(Agitadísimo.) Señora, no sé...

CELIA

Vete un momento allá, y diles que no he pensado en despedir á nadie; que á su tiempo sabrán lo que pienso hacer en mi casa.

GERMAN

Voy, señora. (Va y vuelve por la escena, sin saber qué hacer.)

CELIA

Tranquilízalas, y vuelve acá, que tengo algo más que decirte.

(Germán, al retirarse por el fondo derecha, hace gestos de desesperación, golpeándose el cráneo con las manos.)

ESCENA X

CELIA, sola; después DON ALEJANDRO y PASTOR

CELIA

Agitado está el hombre; claro, después de lo que le he dicho... (Pensativa.) ¡Ay! Si me habré clareado más de lo conveniente... Mi intención no era otra que abrirle camino para que se declarara. Pobre muchacho, ¡cómo temblaba! No sabía qué decir...; y la

cosa no es para menos. ¡Hay que ver..! Un pobre chico que en mi casa gana cincuenta duros, verse de improviso... ¡Jesús! le parecerá que es un cuento de las mil y una noches... Yo también estoy agitada, nerviosísima... Seguramente, cuando vuelva él, me dirá... ¿qué me dirá? (Se sienta meditabunda; coge el retrato de su madre, que está sobre el pupitre; lo besa; habla con el retrato.) Madre, á ninguna persona viva sé yo comunicar las dudas, las esperanzas, las emociones que turban mi alma; me comunico contigo, con tu noble espíritu que siempre me ha confortado en mis días de perplejidad y ha inspirado mis resoluciones. ¿Verdad, madre mía, que estoy en lo justo eligiendo á Germán para compañero de mi vida? Tú piensas como yo, que Germán es bueno, honrado, inteligente como pocos; su corazón es noble, de su mente privilegiada brotan ideas generosas; ¿verdad, madre, que apruebas mi elección? Tus ojos dulces, que nunca me engañan, me dicen ahora, me dicen... (Se interrumpe al ver entrar por la puerta primera de la izquierda á don Alejandro vestido de viaje, seguido de Pastor.)

DON ALEJANDRO

Celia, entré en el salón á despedirme de la tía Margarita, y allí me encuentro á las damas de la Junta bénefica que desean saludarte; te han nombrado vocal, y debes ir un momento á darles las gracias... Ven.

CELIA

¡Ay, qué fastidio!

PASTOR

Si no es más que una fórmula; una fórmula social.

DON ALEJANDRO

Vamos, no seas tonta. (Cogiéndola por el brazo. Óyese vocerío de mujeres por el jardín.) ¿Qué chillidos son esos?

PASTOR

Nada, un motín de criadas; yo las arreglaré.

DON ALEJANDRO

Un momento nada más; das las gracias á las señoras, y te sales diciendo que tienes que hacer en casa. (Se la lleva rápidamente por la izquierda.)

ESCENA XI

PASTOR, GERMAN

PASTOR

(Mirando hacia el fondo.) ¡Vaya con la trifulca que nos han armado esas mujeres! Lo peor es que tienen razón. El motín va contra Ester, esa mosquita muerta.

GERMAN

(Viene muy sofocado por el fondo.) Don José, por Dios; trate usted de hacerlas entrar en razón.

PASTOR

Eso tú, que eres el verdadero causante de esta revolución femenina; tú has alborotado el gallinero; tú, gallito arrogante y de canto gracioso. Debiste lucir en otra parte tus dotes de galán irresistible; no en esta casa honrada y austera.

GERMAN

Don José, se hace usted eco de hablillas y calumnias.

PASTOR

Germancito, soy el eco de la verdad. Hace un año, cuando se te dió habitación en la parte alta de la casa, ganaste la voluntad de Melchora, esa hembra lozana...

GERMAN

Don José, peccata minuta; es casada y separada del marido.

PASTOR

Cierto; pero tú, tenorio de criadas, fuiste luego revoloteando de flor en flor hasta dar en la pobre Ester, rematando en ella la serie de tus conquistas.

GERMAN

Óigame usted, don José; yo le explicaré...

PASTOR

No me expliques nada; los hechos son hechos, y las verdades verdades. Yo supe tus travesuras no hace mucho; pero no soy acusón, ni gusto de meterme en vidas ajenas.

GERMAN

(Agitado.) Mi querido don José, siga usted discreto y silencioso; ayúdeme á disipar la malquerencia de esas malas mujeres, y...

PASTOR

No, no; ya no puedo callar. Celia que ya es ama tuya, mía y de todos, debe tener conocimiento de tus fechorías. Ya estás descubierto; si no quieres poner tu cara en vergüenza, huye de esta casa.

GERMAN

(Aterrado.) No; lucharé hasta el fin; negaré. (Dirigiéndose al fondo, mira hacia el jardín.) Las amotinadas parece que se dirigen al salón donde está Celia.

PASTOR

Sí, sí; en el salón está reunido el concilio de las damas.

GERMAN

Pero no se atreverán á entrar.

PASTOR

Esperan la salida de Celia para quitarte la careta.

GERMAN

Melchora va delante manoteando y vociferando.

PASTOR

Buena te ha caído; haz caso de mí, Germancito: toma las de Villadiego.

GERMAN

(Volviendo al proscenio.) Si usted me ayuda don José, levantaremos una barrera entre Celia y las mentiras de esa maldita Melchora.

PASTOR

(Acercándose á la puerta de la izquierda, acecha con ojos y oídos lo que pasa en el interior.) Ya es tarde; ya sale Celia del salón; es acometida por Melchora; márchate, Germán.

GERMÁN

¡Con qué placer, señor, estrangularía yo á esa víbora.

PASTOR

No empeores tu situación.

GERMÁN

(Suplicante.) Defiéndame usted; yo se lo rue-
go por lo que más quiera en el mundo. Este
nalhadado accidente viene á truncar mi
vida.

PASTOR

Has sido muy torpe, Germán.

GERMAN

(Dolorido.) Muy torpe, sí; Celia me estimaba.

PASTOR

Te estimaba, sí; más de lo que merecías. El
enorio de criadas no debió nunca poner sus
ojos villanos en el rostro de la señora.

GERMAN

Soy indigno, lo sé. ¿Qué debo hacer ahora?

PASTOR

Desaparecer de esta casa; borrarte del pensamiento de Celia. (Mirando por la izquierda.) Celia viene ya; vete, vete pronto.

GERMAN

(Con ademán de desesperación.) Un ángel de bondad quiso subirme al cielo, y ahora estos demonios, tirándome de los pies, me arrojan á los profundos abismos. (Sale corriendo por el foro izquierda.)

ESCENA XII

PASTOR, CELIA, MELCHORA

PASTOR

Pobre chico. Engendro lastimoso de esta edad compleja; inteligencia superior; conducta equívoca, falaz...

CELIA

(Muy turbada, seguida de Melchora.) ¿Pero qué es esto, Pastor? ¿Sabes lo que dice esta mujer?

MELCHORA

La verdad, señora; ahí está don José que tiene la prueba.

CELIA

¿Pero lo que me dices no es un cúmulo de mentiras y calumnias?

MELCHORA

Verdad es como la luz bendita.

CELIA

(Poniendo sus dos manos en los hombros de Pastor.) Pastor, mi mejor amigo, mi consejero, ilumíname.

PASTOR

Sosiégate, hija mía; esto no tiene importancia. Afirma Melchora...

MELCHORA

Aunque me da mucha vergüenza confesarlo, lo digo, lo confieso... ese pillastre de Germán... largos meses me tuvo engañada.

CELIA

¿Qué dices?

MELCHORA

Luego, el muy tunante picó más alto, dedicándose á conquistar á la señorita Ester con halagos y promesas que hubieran rendido á la más pintada.

CELIA

(Indignada.) Eso es imposible; eso es falso. Mientes como una bellaca envidiosa.

MELCHORA

Por no escandalizar, he callado; pero ya es hora de decir muy alto que, desde hace un mes, he venido observando que el galán irresistible, se colaba lindamente todas las noches en el dormitorio de la virtuosísima señorita Ester.

CELIA

(Protestando airadamente.) ¡Falso! Ester es honrada; es mi hermana de leche, la he criado en mi casa.

MELCHORA

Ha deshonrado la casa en que se crió.

CELIA

¡Falso! ¿Verdad, Pastor, que es falso?

PASTOR

Déjala que hable.

CELIA

(Furiosa.) No; no más. ¡Infame! Sal de mi presencia; sal de mi casa.

MELCHORA

Sí; me voy con sentimiento por dejar una casa tan buena; pero la señorita me concederá un minuto más para que pueda decirle lo que falta, y sacar á la señora de su engaño.

CELIA

Acaba pronto, y márchate. Me das horror.

MELCHORA

Pues oiga la señora. El tunante de Germán, después de divertirse cuanto quiso con la señorita Ester, le ha dado palabra de casa-

miento en un librito de versos que los dos leían todas las noches, á solas, en el cuarto de Ester.

CELIA

Embustera; no creo nada de eso.

MELCHORA

El librito lo tiene don José; y dicho esto, no molesto más. (Se arrodilla.) Perdóneme la señora Marquesa el mal rato que le he dado; ya sabe que la quiero... Y que me voy de esta casa llorando de pena. (Llora.)

PASTOR

¡Ea! Sal, sal. (Llorando, se va por el fondo, empujada por Pastor.)

ESCENA XIII

CELIA, PASTOR; después ESTER, que acecha sigilosamente desde el foro derecha asomando á ratos la cabeza, escondiéndola en seguida.

CELIA

(Oprimiendo la cabeza con las manos.) ¿Estoy soñando? Pastor, ven; dime.

PASTOR

Cálmate; no des á esto importancia excesiva. Por de pronto, te digo que Germán no es digno de la estimación que le tienes.

CELIA

¡Dios mío! ¿Cómo pude engañarme á tal extremo?

PASTOR

Te engañaste porque es un sér complejo. En la oficina cumple con exactitud y diligencia sus obligaciones; no puede ponerse tacha á su honradez; pero cuando llega la noche, es un perillán travieso, que se dedica á los amoríos fáciles.

CELIA

¡Qué enormidad! Y yo, inexperta y sin conocimiento de la vida. ¡Ay, Pastor! Si yo te contara...

PASTOR

Cuéntamelo... pero no es preciso; á tiempo has vuelto de tu error. Germán te ha fasci-

nado momentáneamente con los destellos de su imaginación. Es un histrión terrible. Se disfraza con habilidad pasmosa.

CELIA

(Con grande agitación.) Pero ese libro que le servía para comunicarse con Ester...

PASTOR

Aquí lo tienes. (Se lo da.) Pero no lo leas ahora; tiempo tienes.

CELIA

(Nerviosa, trémula, coge el libro.) *Espronceda;* (Lo abre) ahora mismo lo veré. (Lee:) «Ídolo mío...» (Hojeando rápidamente el libro, lee otra vez.) «Tú amantísimo esposo...» (Arroja el libro sobre la mesa; rompe á llorar.)

PASTOR

No te sofoques, hija mía; ¿por qué lloras?

CELIA

Este llanto es rabia, ira, desprecio de mí misma. Oyeme, Pastor, y no me juzgues peor de lo que soy. (Sollozando.) Hoy, cuando la ley

me declara mayor de edad haciéndome dueña de mi voluntad y de mis bienes, he estado á punto de... ¡ay, qué dolor! Fué una obcecación, un loco ensueño; ignorando yo estas infamias, en poco estuvo que comprometiera mi existencia futura dejándome llevar de una ilusión infantil. ¿No lo comprendes, Pastor de mi alma?

PASTOR

Sí lo comprendo. Pero ya pasó tu ceguera; ya ves clara la realidad.

CELIA

No la veo clara, no; dame más luz, Pastor; hazme el favor de llamar á Germán; tráele aquí; quiero oir sus descargos.

PASTOR

En esto, hija mía, me permitirás que te desobedezca; he resuelto despedir á Germán.

CELIA

¡Le has despedido!

PASTOR

Ya no está en la casa.

CELIA

(Dominada por la aflicción repentina.) ¡Ya no está en casa; ya no le veré más. (Llora en silencio.)

PASTOR

(Después de una pausa.) Basta ya, hija mía, Germán no es digno de tus lágrimas; sosiégate, y dime que apruebas mi conducta.

CELIA

(Secando sus lágrimas.) Aprobada; he sido una tonta. Despierta, corazón; soy quien soy, y aquí no ha pasado nada.

PASTOR

Así, así.

CELIA

Recoge ese libro ignominioso. Te concedo que hiciste bien en despedir á Germán; pero no me negarás el derecho de interrogar á esa mujer falsa, á esa mujer hipócrita.

PASTOR

¿Ester?

CELIA

Sí; la he amado mucho: quiero ver con qué cara y con qué modos se presenta ante mí esa desgraciada; llámala. (Aparece por el fondo Ester andando quedamente, paso á paso, con aire receloso.)

PASTOR

No es preciso llamarla; aquí está.

CELIA

Entra, mujer; ¿qué te pasa?; ¿qué miedo es ese?

ESTER

(Con voz temblorosa, avanzando más.) Antes que me llamaras... vengo á decirte... vengo á explicarte...

CELIA

Tus explicaciones son innecesarias; ese libro me ha contado tus desvaríos.

PASTOR

(Hablando al oído de Celia.) Modérate; conviene que seas benigna, tolerante con las flaquezas humanas.

CELIA

Tendrás mi perdón; pero el cariño mío y las atenciones que te tuve mirándote como hermana, criándote á mi lado... eso, Ester, eso que tanto vale, ó que tanto debía valer para ti, lo has perdido para siempre.

PASTOR

(Al oído de Celia.) No tanto, hija.

ESTER

Bien sabe Dios que no soy desagradecida; sé cuánto te debo Celia; échame en cara mi falta, que yo reconozco; pero no me acuses de ingratitud.

CELIA

Si tuvieras gratitud, no habrías deshonrado mi casa.

ESTER

(Humillándose.) Grave falta ha sido; considera, Celia, que es pecado de amor; debilidad á que estamos sujetas todas las mujeres, sobre todo las que somos de clase humilde.

CELIA

¿Hablas de clase humilde? ¿Pero no adviertes que la dignidad de mi casa te ennoblecía?

ESTER

Me ennoblecía, sí, en lo externo; yo he correspondido á esa nobleza sirviéndote fielmente. Pobre nací, pobre soy. En esta situación, en la soledad de tu casa, tan noble y tan digna, un hombre pobre como yo, servidor como yo de tu ilustre familia, me habló de amores; sus palabras tiernas, dulcísimas, ganaron mi voluntad; temblé, fuí vencida, caí; declaro mi culpa. El hombre que amo, que amaré toda mi vida, ha salido de esta casa; yo me iré con él; déjame ir, Celia.

CELIA

(En un arrebato de ira.) Traidora, desleal, no

sólo te dejo ir, sino que te despido; te arrojo de mi casa.

PASTOR

Moderación, hija; no comprometas tu dignidad.

ESTER

(Serena.) Ya he recogido toda mi ropa, y estoy dispuesta á salir sin demora.

CELIA

(Sin poder reprimir su ira.) El hombre que te ha seducido, engañó antes á muchas.

ESTER

No diré que no. Pero yo te aseguro, Celia, que á mi lado sólo será mío.

CELIA

¿Qué dices? El veneno de las palabras engañosas de Germán, te ha corrompido el entendimiento; él es un falsario sin pudor, y tú una infeliz idiota que se deja engañar por el primero que llega.

ESTER

(Manteniéndose tanto más serena cuanto más se descompone Celia.) A mí puedes decirme cuanto quieras; tienes derecho á ello; pero á Germán no le ofendas delante de mí.

CELIA

Es un infame, es un hombre indigno, repugnante.

ESTER

¿Pero qué? ¿En la administración de tu casa no ha cumplido como debía? ¿Se ha equivocado en las cuentas? ¿Te ha robado algo?

CELIA

Eso, no.

ESTER

(Creciéndose ante Celia.) Pues entonces, digo yo; si Germán es honrado y bueno, servidor fiel de tus intereses, ¿por qué le injurias con tanta saña?

CELIA

Porque más que los intereses me importa la moralidad de mi casa.

ESTER

¡Ah! ¡La moralidad! Tienes razón; yo he faltado á esa moralidad; por algo te han nombrado vocal de la Junta de damas encargadas de velar por las buenas costumbres.

CELIA

Arrogante estás, Ester; no te conozco.

ESTER

Mi falta, quizá, me ha dado arrogancia que no tenía. El amor, Celia, si por un lado envilece, por otro engrandece á las criaturas; yo te respeto y te respetaré siempre; pero en esta ocasión, me asombro de que una gran señora como tú, harta de virtudes, harta de millones, se rebaje á intervenir con tanta furia en los amores de estas pobres criadas.

CELIA

(Trastornada por la ira, sin saber qué decir.) Yo no me rebajo, es que...

PASTOR

(Aparte á Celia, asustado.) Calla; despídela pronto.

CELIA

(Sin mirar á Ester.) Recoge tu infame libro.

ESTER

(Recogiendo de la mesa el libro, y estrechándolo contra su pecho.) Yo amo á un hombre; este hombre es mío, y no puede ser de otra mujer. (Pastor abraza á Celia; hace signos á Ester de que se vaya.)

ESTER

Ya me voy...; sé trabajar, él también; no nos moriremos...

CELIA

Acabemos ya.

ESTER

Decía que no nos moriremos; Germán y yo sabremos luchar por la vida; el amor nos dará fuerza para vencer en esa lucha. ¡Ay, Celia! luchar es un goce que tú no puedes conocer. Adiós: me despido de la que me ha llamado

su hermana, de la que me ha protegido, de la que me ha educado. Soy buena, soy agradecida; no olvidaré nunca lo que te debo. Te quiero, Celia; te querré siempre; (Con grande efusión cruzando las manos.) te quiero, Celia, te quiero. (Retírase hacia el fondo.)

CELIA

(Mirándola espantada.) ¿Qué dices, desgraciada?

ESTER

(Con acento firme, deteniéndose.) Te quiero, te admiro y te respeto; pero no te envidio, pero no te envidio. (Sale rápidamente por el foro.)

CELIA

¿Has oído? (Consternada, echándose en los brazos de Pastor.) Me tiene lástima.

PASTOR

Ha querido humillarte; pero no temas: tú tienes la fuerza, el poder.

CELIA

No me envidia, y tiene razón. (Cayendo en la silla, llora con grande amargura y desconsuelo.) Ella vive; yo muero... ¡Maldito poder; malditas riquezas!

Telón rápido.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto primero.

ESCENA PRIMERA

DOÑA MARGARITA, LA CONDESA DE ANGOSTURA, LUCÍA. La primera sale del oratorio con un libro de rezos en la mano, persignándose, acompañada de Lucía. La segunda entra por el foro derecha.

CONDESA

Margarita, contra ti vengo.

DOÑA MARGARITA

(A Lucía.) ¿Quién es?

LUCÍA

La señora Condesa de Angostura.

DOÑA MARGARITA

¡Ah! Pilar; ven aquí. (A Lucía.) Déjame ya.

(Vase Lucía por la izquierda primer término. La Condesa y doña Margarita se juntan, se estrechan las manos, y se dirigen al sofá de la derecha.)

CONDESA

Aquí me tienes otra vez.

DOÑA MARGARITA

Siéntate á mi lado, Teresa.

CONDESA

No soy Teresa; soy Pilar Angostura.

DOÑA MARGARITA

¡Ah! perdona. Es que se me turba un poco la memoria, y equivoco los nombres de las amigas. Ven, sentémonos aquí. (Se sientan.)

CONDESA

Me ha dicho Simón que Celia no está.

DOÑA MARGARITA

Ha salido en coche. Mi sobrina divide hoy su tiempo entre dos ocupaciones absorbentes. Cuando no divaga por las calles, de tienda en tienda, se pasea por los libros; lee mucho, y su biblioteca crece como la yerba mala.

CONDESA

Pues me alegro de que Celia no esté en casa; así hablaremos con más libertad. Ante todo, anoche en casa de Quimondo, dijeron que Celia está cada día más melancólica, más abstraída; lo atribuyen á la sofoquina que tomó cuando despedisteis á la pobre Ester.

DOÑA MARGARITA

Eso ocurrió hace un año (Corrigiéndose); no, no; hace tres meses justos. Confundo y equivoco las fechas, como los nombres de las personas. Sigue: ¿qué tenías que decirme?

CONDESA

Pues nada, lo de siempre: sigo cantándote mi letanía. Después de repetirte por centésima vez que no hay mejor marido para Celia que mi hijo Ricardito, te diré: Margarita, «ora pro nobis».

DOÑA MARGARITA

Ya intercedo por ti; pero no respondo de que mis voces lleguen adonde deben llegar.

Yo no ceso de poner á tu hijo en los cuernos de la luna: ¡qué guapito!, ¡qué excelente joven!, formalito, temeroso de Dios...

CONDESA

Mi Ricardito es un ángel; bien lo sabes tú. No se junta con ninguno de esos bigardos que se pasan la vida charlando en los casinos. De mujeres no hablemos; yo creo que no las conoce más que por el forro. Es el tipo más perfecto del caballero español, noble y cristiano. Por cierto que hemos tenido que hacer un gran sacrificio para sacarle el Marquesado de Andújar, con Grandeza de España de primera clase. ¡Ay, hija!; nos ha costado un ojo de la cara: para pagar el impuesto de *Lanzas* y *medias annatas*, hemos tenido que vender una dehesa. Este título fué concedido por los Reyes Católicos á un ascendiente mío, Don Alonso de Losada y Barrientos, que fué Adelantado de Cazorla, Veinticuatro de Sevilla, y Veedor de las almadrabas del Condado de Niebla.

DOÑA MARGARITA

¡Ay, qué títulos tan preciosos! ¿Y te los dieron á ti los Reyes Católicos?

CONDESA

A mí, no; al tatarabuelo de mi tatarabuelo; échale un galgo... De estas cosillas tocantes á la vanidad, debes hablar á Celia, que ha de sentirse muy halagada por la Grandeza de España y por llamarse Adelantada de Cazorla y Veinticuatra de Sevilla.

DOÑA MARGARITA

De todas esas zarandajas le hablaré; descuida.

CONDESA

Y que te ilumine Dios, amiga del alma.

ESCENA II

LAS MISMAS; DON EMILIO PATERNA y su esposa, que entran por el foro izquierda; después DON ALEJANDRO

TERESA

(Aparte á Paterna.) ¡Ah! Ya esta ahí la de Angostura, esa lagarta, trabajando el artículo.

PATERNA

(Saludando.) Doña Margarita... Condesa...

DOÑA MARGARITA

Aquí tenemos al Barón de la Cinta.

TERESA

No es el Barón de la Cinta; es Emilio Paterna.

DOÑA MARGARITA

Sí, sí; es que me confundí.

PATERNA

¿Qué tal, Margarita?

DOÑA MARGARITA

Pasando. ¿Y en casa, bien?

TERESA

Bien... Condesa, ¿cómo vamos?

CONDESA

Así, así.

PATERNA

¿No está Alejandro?

DON ALEJANDRO

(Entrando por el foro.) Aquí estoy. Les he visto entrar... (Avanza y estrecha la mano de las dos señoras. A Paterna.) A tu casa iba yo ahora.

PATERNA

Pues te evito el viaje. Tenemos que hablar. (Apártase con don Alejandro á la izquierda del proscenio. Las señoras quedan á la derecha.)

DON ALEJANDRO

Aquí me tienes.

PATERNA

¿Pero en qué estáis pensando? ¿No se decide todavía esa niña voluntariosa?

DON ALEJANDRO

Voluntariosa, tú lo has dicho; y tanto, que no he podido hacerle comprender que tu Luisito es el mejor partido para ella.

PATERNA

Por esas vacilaciones ha surgido una com-

plicación, que quizas dé al traste con nuestro proyecto.

DON ALEJANDRO

¿Qué es ello? Tu hijo continúa en París...

PATERNA

Precisamente. Por su pericia en todos los deportes, por su natural elegancia, se lleva de calle á toda la juventud dorada que hormiguea en la *Ville Lumière*. De allá me dicen que ha cautivado el corazón de la hija de un archimillonario yanqui: me temo mucho que mi Luis se deje arrastrar por las seducciones auríferas de la damisela norteamericana, que además es muy linda.

DON ALEJANDRO

Pues Emilio, yo no sé qué decirte; Celia...
(Siguen hablando.)

CONDESA

(En el grupo de las señoras.) Oiga usted, Teresa. En casa de la Cumbres Pardas se ha dicho que á su hijo de usted, Luisito, le ha salido en París una novia espléndida.

TERESA

Podrá ser.

CONDESA

La hija de un millonario yanqui, conocido en el mundo financiero por el rey del bacalao...

TERESA

(Burlándose.) Rey del bacalao, y príncipe de la vigilia ó abstinencia de carne. No le vendría mal esa novia á su hijo de usted, Pilar.

DOÑA MARGARITA

¿Y por qué no? Si la yanqui es católica...

CONDESA

Católico es mi Ricardo; pero no ayuna.

(Siguen charlando.)

PATERNA

Quien pierde más en esto, Alejandro, es tu sobrina, si no se decide pronto.

DON ALEJANDRO

Harto lo sé. Es mi candidato predilecto, y

no pasa día sin que yo cante á Celia las glorias de tu hijo.

PATERNA

Pero es necesario que insistas.

DON ALEJANDRO

¿Por qué no viene Luisito á Madrid?

PATERNA

¡Pero si el chico viene, y tu sobrina le encaja unas calabazas de padre y muy señor mío!

DON ALEJANDRO

No creo...

PATERNA

Haz comprender á Celia que Luis no es ningún pelagatos. Ya sabes que ha de heredar á su abuela materna; la cuantía de esa herencia la conoces muy bien tú, que eres testamentario de mi suegra.

DON ALEJANDRO

Unos cuatro millones calculo, en propiedad rústica y urbana.

PATERNA

Y lo que yo tengo y puedo tener, bien lo sabes tú. Mi negocio de minas no va mal. Si consigo desaguar la de la Unión, y encuentro nueva veta en la de Almagrera, mis negocios irán como una seda.

DON ALEJANDRO

Sí, Emilio, sí; pero yo no puedo responderte de Celia. Esa es otra mina que se nos ha inundado...

PATERNA

(Vivamente.) ¿De qué?

DON ALEJANDRO

De misticismo, de melancolía... Pasa las noches de claro en claro, leyendo... devorando libros de literatura, de sociología.

PATERNA

¡Ay, Alejandro! Desconfiemos de la mujer que incurra en la *fatal manía de pensar*, como dijo no sé quién.

TERESA

(En el grupo de la derecha.) Es extraño que siempre que venimos aquí, Celia se nos evapora; parece que huye de nosotros.

CONDESA

Así es; siempre que venimos aquí, resulta que se ha ido de paseo.

DOÑA MARGARITA

No digas eso, Pilar; recuerda que ayer tarde, cuando viniste aquí con tu hijo, Celia estaba en casa y os llevó en su coche al Retiro ó á la Castellana; no sé...

CONDESA

(Atónita.) Margarita, ¿estás en tu juicio? Yo no vine ayer. Los que acompañaron á Celia en su coche fueron la viuda de Quimondo y su hijo Pepito; ¡si les vi yo en el Retiro! Por cierto que esa tarasca de la Quimondo iba muy soplada de satisfacción á la derecha de Celia, y en la delantera del landó el pedan-

tuelo de Pepito, perorando como un sacamuelas... Margarita, tú estás equivocada.

DOÑA MARGARITA

(Llevándose las manos á la cabeza.) ¡Ay, sí! No sólo confundo las personas, sino las familias.

TERESA

¿Y ese Pepito Quimondo es uno de estos niños góticos que apestan por su sabiduría?

CONDESA

Sí, es un chico precoz; se indigesta con la lectura, y luego vomita su erudición sobre su mamá y personas que la acompañan.

TERESA

(Dirigiéndose con paso ligero al grupo de los caballeros.) Emilio.

PATERNA

¿Qué?

TERESA

Que debemos ponernos en guardia contra esa intriganta de la Quimondo.

PATERNA

¿Por qué?

TERESA

Ayer tarde estuvo aquí con su niño sabio, y Celia les llevó de paseo al Retiro, donde estuvieron toda la tarde.

PATERNA

Ya te lo dije, Alejandro: me dan mala espina las aficiones literarias y sociológicas de tu sobrinita... Dime, ¿ese escuerzo de Pepito Quimondo es catedrático?

DON ALEJANDRO

No lo sé; según mis noticias, su madre trata de conseguirle una plaza de asesor técnico de primera enseñanza.

TERESA

También la mamá es técnica; daba lecciones á domicilio, de francés y aritmética, cuando se enredó con Quimondo, que era un prestamista enriquecido... Por Dios, Alejandro; por el decoro y el porvenir de esta casa, im-

pida usted resueltamente que Celia se nos vuelva catedrática.

DON ALEJANDRO

No creo, no...

ESCENA III

LOS MISMOS; DON CRISTÓBAL, que entra por el foro izquierda.

DON CRISTÓBAL

Tanto bueno por aquí. (Acude á saludar á las señoras). ¡Teresa!, Pilar! (Saluda á Paterna). ¡Hola, Paterna!

PATERNA

Viene usted á tiempo, Cristóbal; estamos aquí tratando de un problema obscurísimo.

TERESA

Y de la solución de este problema depende el porvenir y el esplendor de esta casa...

DOÑA MARGARITA

(Levantándose fatigada.) Pilar, ¿quieres venir

conmigo al oratorio? Estoy muy cansada, me marea la conversación.

CONDESA

Sí, me voy contigo. (Al oído de doña Margarita). El Paterna y su mujer me encocoran; no puedo resistir tanta soberbia y petulancia. (Dirígense hacia el oratorio, puerta primera derecha.)

DOÑA MARGARITA

Verás qué lindo está el oratorio después de restaurado; todo es nuevo: las vidrieras, los muebles, el altar...

ESCENA IV

TERESA, PATERNA, DON ALEJANDRO, DON CRISTÓBAL

DON CRISTÓBAL

¿Y á eso llaman ustedes problema?

TERESA

Llamémoslo acertijo.

DON ALEJANDRO

Empezaremos por enumerar los preten-

lientes á la mano de Celia. El primero es el celebrado *sportman* de fama mundial, don Luis de Paterna.

TERESA

No diga usted el primero; el único.

PATERNA

Déjale seguir.

DON ALEJANDRO

Tenemos luego el niño mojigato de los Condes de Angostura.

TERESA

(Señalando la puerta del oratorio.) Hable bajito, que puede venir la mamá.

DON ALEJANDRO

Desechado Ricardito por imbécil. Tenemos luego al niño gótico de la Quimondo.

TERESA

Desechado por sabio, pedante, insubstancial, tan pelma y latoso como su mamá. ¿Hay un cuarto pretendiente?

DON CRISTÓBAL

Sí: el cuarto es el Marquesito de Rocafiel, hijo de nuestro amigo el Barón de la Cinta.

DON ALEJANDRO

¡Y que no es poco insistente y machacón ese joven inflado y adiposo que parece una bola de sebo.

DON CRISTÓBAL

Pero no es tonto; se dedica á introducir en las fincas de su padre todos los adelantos de la ciencia agrícola: máquinas, nuevos métodos de cultivo...

TERESA

¡Angelito! Por eso tiene ese aspecto de gañán.

DON ALEJANDRO

Pero no se puede negar que es un partido aceptable; discutible como los demás.

TERESA

Por Dios, Alejandro; rechazó usted á Ricardito Angostura por querer imitar á San Luis

Gonzaga, y acepta á un destripaterrones que es la caricatura de San Isidro.

DON ALEJANDRO

Vaya, abreviemos: dinos tú, Cristóbal, si has notado en Celia preferencia por alguno de estos cuatros candidatos.

DON CRISTÓBAL

Yo, la verdad... no me atrevo á contestar concretamente... Mi tesis es que la rica hembra es la que ha de sentenciar en definitiva. Si desean informes de los sentimientos de la rica hembra, respecto á éste ó al otro candidato, pídanselos á Pastor que no se separa de Celia y la acompaña en sus estudios y meditaciones.

DON ALEJANDRO

¿Está Pastor en casa?

DON CRISTÓBAL

Entró conmigo: me dijo que había salido con Celia esta mañana; visitaron á no sé quién; después él se vino acá en el tranvía, y

ella se fué á la calle de Toledo, donde tenía que hacer algunas compras.

TERESA

¡Compras en la calle de Toledo!

PATERNA

¡Qué cosa más rara!

DON ALEJANDRO

(A Cristóbal.) Dile á Pastor que venga acá.
(Váse don Cristóbal por el foro izquierda.)

PATERNA

Alejandro, tu sobrina debe estar algo trastornada.

TERESA

Habrá ido á la *tienda del botijo*, á comprar alpargatas, sogas...

DON ALEJANDRO

Nada de eso: sin duda fué á repartir limosnas. (Vuelve don Cristóbal con Pastor.)

ESCENA V

DON ALEJANDRO, PATERNA, TERESA, DON CRISTÓBAL, PASTOR

PASTOR

Ya me ha enterado Cristóbal de las dudas de ustedes.

PATERNA

Díganos si Celia ha mostrado preferencia por... por...

PASTOR

Diré á ustedes: Celia se muestra con todos atenta, afectuosa; pero yo que la observo cuidadosamente y creo penetrar en lo más hondo de su pensamiento, aseguro que la Marquesita de Monte-Montero no ha elegido aún al que ha de ser su esposo. Antes que vean ustedes á Celia casada con alguno de esos jovenzuelos, me verán á mí camino de Pekín... para casarme con la emperatriz de la China. (Ríen todos.)

TERESA

Eso, amigo Pastor, ya lo veremos.

DON CRISTÓBAL

(Que se asoma por el fondo.) Aquí está ya Celia.

PATERNA

Gracias á Dios. (Entra Celia por el foro, seguida de su doncella y de Simón que trae un grueso paquete envuelto en una tela.)

ESCENA VI

Los mismos; CELIA

CELIA

(Cogiendo de manos de Simón el envoltorio y dándolo á la doncella.) Toma; pon esto en mi cuarto. (Señalando la segunda puerta derecha. Vanse los criados. Celia avanza al proscenio.)

TERESA

(Corriendo á recibirla y besarla.) ¡Oh, querida! ¡Qué linda estás!

CELIA

(Saludando á Paterna.) Emilio, ¡dichosos los ojos!

PATERNA

(Besándole la mano.) La dicha es mía; mío el honor de ofrecer mis respetos á este portento de gracia y discreción; á la sin par Celia.

CELIA

¡Jesús, qué lisonjero! (A Teresa.) ¿Qué noticias tienes del bravo don Luis de Paterna?

PATERNA

Sigue en París... hace una vida vertiginosa...

TERESA

Allí se lo disputan, se lo rifan...; es el niño mimado de la alta sociedad parisién.

CELIA

¿No creen ustedes que ese delirio de fiestas será perjudicial para su salud?

TERESA

Sí, sí; hijo de mi alma, por mi gusto volvería á nuestro lado.

CELIA

Que venga, sí; que venga; que aquí le esperamos todos para felicitarle por sus triunfos. Que vuelva á su patria... donde le esperan sus amigos... donde le espera un brillante porvenir.

TERESA

(Abrazando efusivamente á Celia.) ¡Ay! hija mía, qué alegría me dan tus palabras: déjame que te dé mil besos. (La besa. Entra la Condesa por la puerta primera de la derecha.)

ESCENA VII

Los mismos; LA CONDESA DE ANGOSTURA

CELIA

¡Ah! Condesa, ¿estaba usted aquí?

CONDESA

Sí, hija mía; aquí llegué antes de las cuatro. Margarita me llevó á ver el oratorio y allí hemos estado rezando un rato; luego se ha quedado dormida, dormidita como un ángel; no he querido despertarla.

CELIA

La pobre tiíta tiene ya la cabeza muy débil. Se duerme á cada rato, todo lo equivoca; y á veces ve lo que no existe ó nos cuenta sus conversaciones con seres que no están en este mundo.

CONDESA

¿Quieres que la despierte?

CELIA

No; dejémosla dormir. Yo iré luego á recogerla.

TERESA

La pobre doña Margarita, alma de Dios, ó está ya en el cielo, ó tocando sus puertas para que le abran.

DON ALEJANDRO

Si hay cielo, la tía Margarita tiene ya designado en él uno de los puestos mejores.

DON CRISTÓBAL

Es una santa.

CONDESA

Pero usted, Alejandro, parece dudar de que haya cielo.

DON ALEJANDRO

No es que yo dude, pero...

CONDESA

Estaría bueno que no existiera un lugar de bienaventuranza donde los justos recibieran su recompensa.

CELIA

Cielo hay seguramente, ¡pues no faltaba más!; pero como no lo hemos visto, ni nadie ha venido á contárnoslo, no sabemos por dónde entran ni qué puesto tienen allí los bienaventurados que van llegando.

PASTOR

Tiene razón Celia: creemos en el Cielo porque nos lo han enseñado en el catecismo, pero no sabemos cómo es.

DON CRISTÓBAL

Tampoco sabemos nada del Infierno, y por rutina creemos en él.

CONDESA

Cierto que con los ojos carnales, estas máquinas imperfectas que para poco sirven, no vemos el Cielo ni el Infierno; pero con los ojos de la fe los vemos, yo por lo menos, los veo muy claramente.

PATERNA

Yo, señoras y caballeros, diré á ustedes si me lo permiten, mi opinión sincera y leal sobre las cosas de ultratumba; no hay que hablar de si vemos ó no vemos el Cielo y el Infierno. Existen, sí; pero no están ni arriba ni abajo, sino aquí, en la superficie de la tierra.

TERESA

Justo; aquí entre nosotros, en la humanidad.

CELIA

Muy bien.

PATERNA

Sí; el cielo lo constituyen los ricos en grande y pequeña escala; los que por herencia ó por su trabajo poseen grandes caudales; los que sin estar en la esfera más alta de la riqueza, tienen medios de vivir cómodamente, explotando su ingenio ó el ingenio de los demás; los grandes políticos y burócratas que monopolizan las altas posiciones; los hombres agudos que poseen el arte de vivir de lo ajeno sin hurtarlo; los artistas de primer orden, y los de segundo y tercer orden que imitan con más ó menos facilidad á los primeros; los que viven á la sombra de las instituciones venerandas, Iglesia, Ejército, Marina; los grandes maestros de la gorronería, que visten bien, comen, beben y triunfan sin tener una peseta. Este es el cielo que conocemos, y no hay que buscar otro, lanzando nuestra mente por los espacios imaginarios.

PASTOR

Muy bien. Pues si ese es el cielo, ya sé yo lo que es el infierno.

TERESA

El infierno está en las clases humildes y desheredadas.

CELIA

En los pobres; en los trabajadores que con un triste jornal mantienen penosamente á su familia; en los desesperados; en los miserables; en los infelices ancianos que piden limosna en las puertas de las iglesias; en los niños vagabundos; en los golfos; en los mil y mil indigentes que no hallan consuelo en ninguna parte; en los que solicitados por el hambre caen en el crimen; en los lisiados y ciegos que vagan por las calles; en los que quieren ser buenos y no saben serlo; en el despojo social que los ricos arrojan de su cielo, cayendo en los abismos de donde no hay salida posible; en suma, decir infierno y cielo, es lo mismo que decir pobres y ricos.

CONDESA

¿Pero tú también, Celia, profesas ese materialismo?

CELIA

No se asuste, Condesa; yo admito esas ideas

provisionalmente hasta que averigüemos dónde están el otro cielo y el otro infierno.

DON ALEJANDRO

Estas ideas son muy bonitas para dichas entre hombres solos; á las señoras se las debe dejar encastilladas en su fe.

CELIA

Tengo que añadir un comentario, si me lo permiten.

PATERNA

Hable usted, Celia.

CELIA

Digo que en vuestro cielo se sufre, se padece. En el cielo mansión de los ricos, hay también condenados.

TERESA

Quiere decir que hay ricos que tocan el cielo con las manos.

DON ALEJANDRO

Claro, la dicha no es nunca completa.

CELIA

Y presumo que en vuestros infiernos hay quizás bienaventurados que gozan de la paz del alma y el sosiego de los justos.

PASTOR

Santos hay donde menos se piensa.

PATERNA

Y mártires en las propias regiones de la bienaventuranza.

CONDESA

(Suspirando.) ¡Ay! Los ricos aparentes, los ricos que sufren y lloran...

CELIA

¿Qué dice usted, Pilar?

CONDESA

¡Ay, si yo hablara! En fin, yo me retiro.

PATERNA

Nosotros también. Vamos á uno de los lu-

gares más agradables del cielo, el palacio de Cumbres Pardas.

TERESA

Es la hora del té. ¿Quieres venir, Celia?

CELIA

Gracias; esta tarde no salgo ya de casa.

PATERNA

Y tú, Alejandro, ¿vienes?

DON ALEJANDRO

No puedo. Cristóbal y yo tenemos que ir á la región más empingorotada y espaciosa del cielo de los ricos: el Banco de España.

DON CRISTÓBAL

Tenemos consejo esta tarde, y es de precisa asistencia.

DON ALEJANDRO

Hemos de tratar de la nueva emisión de Obligaciones del Tesoro. Condesa, si usted quiere, venga con nosotros y la dejaremos en su casa.

CONDESA

Muchas gracias; acepto, sí. (Besando á Celia.) Mañana me tendrás aquí otra vez.

TERESA

Celia, hasta mañana.

PATERNA

Adiós, adorable Celia, la criatura más angelical de este cielo y del otro.

CELIA

Adiós, adiós. (Salen primero por el foro don Cristóbal y la Condesa; después don Alejandro, Teresa y Paterna.)

ESCENA VIII

CELIA, PASTOR

CELIA

(Llevándose las manos á la cabeza, con acento de supremo hastío y desesperación.) ¡Qué vida, señor! ¡Qué hastío! ¡Qué tristeza! (Se deja caer en la silla cubriéndose el rostro con las manos.)

PASTOR

(Cariñoso.) No te aflijas; ya que estamos solos, dime si persistes en la resolución audacísima de que me hablabas esta mañana.

CELIA

Sí, sí; persisto en ella. No soporto por más tiempo esta vida de mentiras y artificios; mi aburrimiento toca ya en desesperación. Quiero huir, quiero volar.

PASTOR

Antes de lanzarte á la aviación, medita un poco, Celia.

CELIA

¡La meditación, el estudio, la lectura! He navegado como una viajera loca por las páginas de tanto y tanto libro, y después de girar y girar en torno al mundo de las ideas, vuelvo al punto de partida, vuelvo á esta soledad negra, á este aislamiento de mi alma, que en ninguna parte encuentra la luz, ni el descanso, ni la paz. Mi familia me interesa poco; la sociedad que me cerca y me acome-

te para robarme la voluntad y envolverme en su egoísmo, me irrita, me repugna; esta morada espléndida, parece que se desploma sobre mí, y se desplomará, y entre los escombros quedaré sepultada con mis riquezas, estos montones de oro y de papeluchos que no me sirven para nada; pues con ellos no puedo esparcir la felicidad en torno mío, no puedo...

PASTOR

(Poniéndole la mano sobre la cabeza.) Celia querida, te permito que dejes correr tu pensamiento por los espacios de la fantasía, pero no te permito el delirio.

CELIA

Pues no deliro más, Pastor de mi alma. Déjame que repita lo que dije hace un rato, cuando esos necios y yo definimos á nuestro modo el Cielo y el Infierno.

PASTOR

Ya me acuerdo; dijiste que en el cielo, la mansión de los ricos, hay también penas, amarguras, sufrimientos...

CELIA

Pero me callé que soy la primera víctima de este cielo infernal. En mi suplicio parece que se esmeran los demonios más refinados. Hoy, Pastor, á los tres meses de aquel día siniestro en que me declararon mayor de edad, está mi alma lacerada por los mismos tormentos que me causó el doble error de la despedida de Germán y la despedida de Ester. Estos tormentos, ya lo sabes, son la ira, los celos, el despecho, la horrible batalla entre mi conciencia y...

PASTOR

Y una pasión que llamaré infantil por no darle un nombre que pudiera ofenderte.

CELIA

No me ofende nada de lo que tú me digas; reconozco mis errores, los dos tropiezos de aquel día fatídico. El primero fué la espontaneidad con que dejé traslucir á Germán mis sentimientos, y la ilusión pueril de unir su pobreza con mi riqueza, fascinada por la idea de un equilibrio social imposible, imposible...

PASTOR

Y tu dignidad quedó malparada.

CELIA

Nunca lloraré bastante aquel desengaño terrible que me incapacitaba para toda felicidad. No tuve grandeza de alma para perdonar á Ester su falta.

PASTOR

Te faltó serenidad para proceder como gran señora, haciendo gala de indulgencia y asegurando el porvenir de los seres inferiores que en tu servidumbre se habían lanzado por los caminos ó los vericuetos del amor.

CELIA

Fuí una vulgar celosa; me disparé contra mi criada y amiga; la llamé traidora y desleal... y ella me lanzó un dardo que aún tengo clavado en mi corazón. Mientras yo viva, retumbarán en mi cerebro las últimas palabras de Ester: «Celia no te envidio.» (Con risa nerviosa.) ¿Cómo había de envidiarme si yo, yo, su señora y amiga, era la envidiosa?

PASTOR

Basta, hija mía; determínate de una vez á borrar de tu pensamiento los delirios pasados; hora es ya de que te pongas á tono con tu familia, y de que procedas conforme á tu posición social.

CELIA

(Con firmeza.) No haré ni una cosa ni otra.

PASTOR

Está bien; pero entendámonos, Celia.

CELIA

Ya estamos entendidos, Pastor. Hace muchos días, cuando yo te manifesté mi rebeldía contra el despotismo doméstico y social, tú me ofreciste tu apoyo.

PASTOR

Si fueses hija mía, no te querría más que ahora te quiero. Conozco como nadie la nobleza de tns sentimientos y los fulgores peregrinos de tu talento y de tu imaginación.

Me tienes, pues, á tu lado, divina Celia, siempre, siempre.

CELIA

(Abrazándole con efusión.) ¡Oh! mi amigo del alma, mi maestro, mi padre.

PASTOR

Te sigo en tus rebeldías, siempre que éstas se mantengan dentro de los eternos principios del deber, de la moral...

CELIA

Muy bien. No era preciso ratificar el convenio que hicimos cuando inicié mi rebelión; entonces, mi querido Pastor, te ordené que averiguaras el paradero de Germán y Ester.

PASTOR

Así lo hice. Por unos amigos que viven en la calle del Salitre, pude averiguar que Germán y Ester, descendiendo precipitadamente en la escala social, habían llegado á la mayor miseria; él, no pudiendo ganarse la vida honradamente, sacaba el dinero con travesuras y martingalas de la peor ley, hasta llegar á caer dentro del Código penal.

CELIA

¡Qué horror! No me lo repitas... Y ella, en tanto, forzada por la indigencia, se lanzó á una vida infame... ¡Qué desdicha, señor!

PASTOR

Ya sabes que, dudando de la verosimilitud de tales informes, repetí mis indagaciones, y el resultado aumentaba de día en día mi confusión, hasta que al fin hoy...

CELIA

(Vivamente.) ¡Hoy...! ¿hoy traes más noticias?

PASTOR

Por una tal Cipriana, que tiene una famosa casa de dormir en la calle de Mediodía Grande, he sabido que Germán trabaja honradamente en un taller de mecánica, allá por el paseo Imperial. Se le estima en aquellos barrios como un obrero muy inteligente y de conducta intachable.

CELIA

(Con alegría.) ¡Ay, qué buenas noticias! ¿Será verdad? ¿Y de Ester, qué te han dicho?

PASTOR

Nada; Cipriana la conoció hace un mes; después la ha perdido de vista.

CELIA

Según eso, ya no viven juntos.

PASTOR

Parece que no; cada cual andará por su lado.

CELIA

(Con gran viveza, lanzándose á una grave resolución.) Pastor de mi alma, prepárate.

PASTOR

¿Para qué?

CELIA

Para partir conmigo.

PASTOR

¿Cuándo?

CELIA

Ahora mismo.

PASTOR

¿Adónde vamos?

CELIA

A los infiernos. (Notando sorpresa y alarma en la actitud de Pastor.) Ya sabes lo que es. En ese mundo quiero penetrar, Pastor; á esos abismos quiero descender para conocer por mí misma el sufrimiento de los que nada poseen.

PASTOR

¿Pero vamos así... sin aviso... sin preparación?

CELIA

Yo estoy preparada; bajo á los infiernos con un entusiasmo, con una ilusión que no puedo explicarte; en este maldito cielo donde me ha encasillado mi destino, me moriría de tristeza si no escapara de él como alma que lleva el diablo.

PASTOR

Pues vamos, hija. ¿Volveremos al anochecer ó esta noche?

CELIA

No; no volveremos hasta que yo no satisfaga la ardiente curiosidad que devora mi alma.

PASTOR

(Asustado.) Pero, hija mía, considera... Si no hemos de volver á casa en un día ó en dos, necesitaremos mudarnos de ropa, comer, dormir, sabe Dios dónde...

CELIA

(Muy nerviosa, con movimiento rapidísimo en la palabra y la acción.) Llevando dinero lo tendremos todo. (Abre un cajón de su *nécessaire,* saca dos gruesos fajos de billetes de Banco, y los deja sobre el pupitre.)

PASTOR

¿Pero todo eso llevas?

CELIA

Y aún no me parece bastante. (Saca de la gaveta un talonario y lo deja sobre el pupitre.)

PASTOR

¿También el talonario?

CELIA

Déjame á mí; sabe Dios lo que podremos necesitar; podría suceder que del dinero que llevamos sólo gastemos algunas pesetas, y también podría suceder que lo gastáramos todo, y aún quedáramos empeñados.

PASTOR

¿Estamos locos? ¿Estamos soñando?

CELIA

(Con entonación.) Hombre de poca fe, ¿por qué dudas?

PASTOR

(Aturdido.) No dudo; pero...

CELIA

(Con gran energía.) Yo me tengo en este instante por mujer de ideas altas y generosas; yo corro tras de un ideal; yo voy á la busca de dos personas que interesan grandemente á mi corazón: yo voy movida del anhelo de realizar todo el bien posible dentro de lo humano. Llegaré hasta lo divino, descendiendo hasta las más hondas miserias y hasta las podredumbres más repugnantes. ¿Vienes?

PASTOR

(Después de una pausa.) Iré; me has dado toda tu confianza y yo te doy toda mi abnegación.

CELIA

Pues adelante; nos iremos en seguida.

PASTOR

(Oyendo ruido por la puerta primera derecha.) Silencio. Tu tía vuelve del oratorio. (Aparece doña Margarita con paso sonambulesco, santiguándose.)

ESCENA IX

CELIA, PASTOR, DOÑA MARGARITA

CELIA

(Corriendo al encuentro de doña Margarita y dándole la mano.) Tiíta, ven aquí; me dijo Pilar que te habías quedado dormida.

DOÑA MARGARITA

No, hija de mi alma; he estado bien despierta rezando por ti, pidiéndole á Dios que te dirija por los caminos del bien.

CELIA

Por ellos voy tiíta. ¡Qué buena es usted!

DOÑA MARGARITA

Y tú ¡qué salada, qué graciosa! (Le acaricia en la mejilla.)

CELIA

(Conduciéndola hacia la izquierda.) Venga usted, tiíta; descanse en su habitación.

DOÑA MARGARITA

(Deteniéndose en mitad del proscenio.) Oye, picaruela; tengo que decirte una cosa: he visto á Germán.

CELIA

(Suspensa.) ¡A Germán! ¿Qué dice, tía?

DOÑA MARGARITA

Sí, en el oratorio le vi; estaba frente á mí de rodillas rezando.

CELIA

¿Y no le habló á usted, tía?

DOÑA MARGARITA

Verás: llegóse á mí Germán, y me dió un ramo de tomillo. (Oliéndose las manos.) Todavía tengo en las manos el olor del tomillo. (Acerca sus manos á la nariz de Celia.) Huele tú, huele.

CELIA

Tomillo, sí; ¡qué rico!

DOÑA MARGARITA

El pobre Germán está arrepentido... traba-

ja de operario en una fábrica muy grande, muy grande, con muchas ruedas, hierros, palancas, mucho fuego... Es como un infierno... Desea volver á tu gracia; me ha suplicado que interceda por él. (Sigue andando en dirección á la izquierda.) Germán volverá; quiere hablar contigo; quédate aquí.

CELIA

Aquí me quedaré. Sigue, tiíta.

DOÑA MARGARITA

(Fijándose en Pastor.) ¿Es éste Alejandro?

CELIA

No; es Pastor.

PASTOR

Soy yo, señora.

CELIA

(A Pastor.) Da una voz á Lucía. (Pastor va hacia el fondo y grita.) ¡Lucía!

PASTOR

Ya viene. (Aparece Lucía en la puerta.)

DOÑA MARGARITA

(A Celia.) Quédate aquí.

CELIA

(A Lucía.) Llévala á su habitación, arrópala bien y entretenla. Dale conversación para que no se duerma. (Llevada del brazo de Lucía, desaparece doña Margarita por la izquierda.)

ESCENA X

CELIA, PASTOR

CELIA

¡Qué confusión, Pastor! Pienso que las visiones de mi tía no son tan desatinadas como parecen; voy creyendo que el arrepentimiento de Germán es verdad.

PASTOR

¡Quién sabe!

CELIA

¿Será que Dios, valiéndose de los delirios de esta señora, me dice que el hombre extra-

viado procura su enmienda? Es como una corazonada...; sea lo que quiera, vámonos ya.

PASTOR

Pero, oye. ¿Has pensado que con estos trajes podemos lanzarnos...?

CELIA

No; este vestido celestial me lo quito yo ahora, y me pongo un trajecillo infernal que he comprado en la calle de Toledo; vas á verlo. (Métese en su tocador, puerta segunda derecha.)

PASTOR

¿Y yo, cómo me disfrazo?

CELIA

(Desde dentro.) Tú puedes vestirte... de paleto, de... eso es muy fácil... Figuras que eres mi padre y que hemos venido del pueblo á buscarme una buena casa donde servir.

PASTOR

Me parece que no engañaremos á nadie. ¿Y tú, has pensado que tienes que fingir la

rusticidad, los modales y el habla de una chica de Navamorcuende ó de Casarrubios?

CELIA

Ya verás qué bien lo finjo todo.

PASTOR

Y ahora, respóndeme á esto. Supongamos que encuentras á Ester: ¿qué harás con ella en el caso de hallarla sola, abandonada, arrastrándose por el fango social?

CELIA

Sacarla del fango, desinfectarla, procurarle un medio de vivir honroso, darle un buen dote para que se case con algún chico decente y honrado.

PASTOR

¿Y si encuentras á Germán, como me han dicho, trabajando en un taller y haciendo una vida humilde y laboriosa? (Celia no responde; corta pausa.) ¿No respondes, Celia? Pues á otra. ¿Si encontráramos á Germán entre malhechores, viviendo de arbitrios picarescos ó de travesuras infames?

CELIA

Si así le encontráramos, yo le sacaría de su ignominia, purificándole y redimiéndole hasta volverle al primitivo estado decoroso y modesto en que le he conocido. (Sale de su tocador vestida de paleta, de aparejo redondo, con falda de colorines, pañuelo de yerbas cruzado al pecho.) ¿Qué tal? ¿Haré bien el papel de la chica de Navamorcuende que viene á buscar colocación?

PASTOR

Estás hecha una hermosa figura de carnaval; para la propiedad del tipo te falta el peinado, los rodetitos en las sienes, la gargantilla de corales, los pendientes de filigrana.

CELIA

Los pendientes y la gargantilla los he comprado hoy en la Cava Baja. (Disgustada.) El peinado me falta, ¡caramba! no se me había ocurrido; pero ya me lo arreglaré. Vámonos.

PASTOR

Poco á poco. Con ese pergenio no podemos

salir de aquí; ¿qué dirá el cochero cuando te vea?

CELIA

(Suspensa.) Es verdad. (Con una idea súbita.) Cambiar de traje ya no puede ser; pues me pongo mi capa que me cubre de pies á cabeza. (Entra en su tocador rápidamente y vuelve con la capa en la mano.)

PASTOR

(Ayudándole á ponerse la capa.) Excelente idea; así podremos salir; el landó cerrado nos espera.

CELIA

Ya no hay tiempo que perder.

PASTOR

Aguarda un poco. Si yo no discurriera por ti, harías mil locuras. Nos iremos á casa de mi primo Manolo.

CELIA

Calle del Olmo; ya comprendo: allí tu primo te facilitará un traje de labriego, de trajinero acomodado, de esos que traen á Madrid fruta, corderos...

PASTOR

Sí, sí.

CELIA

Y allí me arreglaré yo mi peinado y me pondré los demás requilorios. (Coge un envoltorio que tenía en el *necessaire.)* Ya se me olvidaba esto, los pendientes y la gargantilla. (Coge el talonario y se lo da á Pastor.) El talonario lo llevas tú; los fajos de billetes van conmigo. (Los guarda en el seno.) Ya estamos listos.

PASTOR

Pues adelante con la calaverada. Vamos al mundo de la miseria, de la ignorancia.

CELIA

(Con ardiente entusiasmo.) A los infiernos; á los profundos infiernos.

Telón rápido.

FIN DEL ACTO SEGUNDO

PERSONAJES DE LOS ACTOS 3.° Y 4.°

CELIA	Nieves Suárez.
ESTER	María Palou.
PASTOR	Pedro Sepúlveda.
GERMAN	Ricardo Calvo.
DON PEDRO INFINITO, anciano memorialista, y profesor de Cábala; á ratos loco, á ratos cuerdo; parlero y gracioso á pesar de su avanzada edad.	José Santiago.
LEONCIO (30 años), buena figura, vestido modestamente, con decencia y pulcritud	Rafael Calvo.
DON GUSTAVO CROSS, gerente del Establecimiento de trapos	Antonio Tennes.
REGINA, criada vieja de Don Pedro	María Millanes.
TIO JERIBEQUE, vendedor ambulante.	Francisco G. Pereda.
LA PITILLERA	Teresa Santiago Ruiz.
LA CHIQUILLA DEL CIEGO	Carmen Olavarría.
LA SEVE, patrona de huéspedes	Consuelo Geijo.
LEONARDA, mujer de pueblo	María F. Rosala.
VIRGINIA, ídem ídem	Julia Pacello.
CATALINA, obrera en la Trapería	Encarnación Díaz.
EL CIEGO	Teófilo Palou.
OBRERA 1.ª	Julia Olavarría.
OBRERA 2.ª	Carmen Bernabeu.
OBRERA 3.ª	Matilde Olavarría.
OBRERA 4.ª	María Gutiérrez.

ACTO TERCERO

Portalón ancho de una casa de vecindad en la calle del Carnero. Á la izquierda segundo término, la entrada de la calle. Frente á ésta, el paso al patio donde se supone que están las viviendas numeradas en el piso bajo y corredor alto. Á la derecha primer término, la puerta de la vivienda de Infinito, y junto á esta puerta, la mesa y trebejos que le sirven para sus cábalas. Á la izquierda, puerta de la vivienda de Leoncio. En el fondo, último término, dos puertas de viviendas míseras.

Es de día.

Derecha é izquierda se entiende del espectador.

ESCENA PRIMERA

Son las primeras horas de la mañana. Viniendo del patio aparecen obreros que van al trabajo con sus saquitos donde llevan el almuerzo. Por su aspecto son albañiles, pintores, carpinteros, herreros, etc. Entre ellos van también muchas obreras. Sale de su casa LEONCIO, y cortando el paso á los obreros les arenga.

LEONCIO

Amigos y compañeros; óiganme un momento. (Detiénense los obreros y las obreras.) Vayan al trabajo y no piensen por ahora en huelgas ni en trastornos de ninguna clase.

Hemos de cargarnos de razón, robustecer nuestras almas con la fe y la paciencia hasta que llegue la ocasión oportuna de formular las justas protestas de los trabajadores, y reclamar lo que les corresponde por el fuero de humanidad y por el derecho consignado en las leyes. Al trabajo, pues, todos: los curtidores, los del cemento armado, los de la maquinaria agrícola... Yo cuido de completar vuestra organización. Ya tengo los nombres de todos los de esta casa y de las casas próximas, y una de estas noches os reuniré en mi domicilio para daros cuenta de los grupos organizados y de la extensión y límites de vuestros derechos. ¡Eh! vosotras, las de la Trapería de Cross, oigan. He celebrado varias conferencias con los patronos, que al fin, acceden á vuestras pretensiones. Ya podéis salir.

OBRERO 1.°

Adiós, Maestro.

UNA OBRERA

¡Viva Leoncio! ¡Viva el gran compañero!

(Contestan todos, y van desfilando hacia la calle.)

ESCENA II

LEONCIO, REGINA; poco después, el tío GERIBEQUE, UNA PITILLERA, UN CIEGO acompañado de una chiquilla andrajosa.

LEONCIO

(Buscando algo entre los papeles que hay en la mesa del Memorialista.) No es esto...; ni esto tampoco. (A Regina que se asoma á la puerta de la derecha curioseando.) ¿Pero este don Pedro, duerme todavía?

REGINA

Ya se está levantando; el pobre pasó mala noche por mor del rioma en la pata izquierda.

LEONCIO

Del reuma querrás decir. (Sigue buscando entre los papeles.) Busco la lista de obreros que hicimos ayer...

REGINA

(Buscando por el otro lado de la mesa.) Estará por aquí. Paíz que en esta mesa han andado los demonios.

LEONCIO

Los demonios y los espíritus que tu amo

trae del otro mundo. (Abre uno de los cajones de la mesa.) Aquí están los sobres, pero la lista no parece. (Sigue buscando.)

TÍO GERIBEQUE

(Vendedor ambulante de hortaliza con la cesta al brazo. Entra de la calle pregonando.) El buen tomate; el pimiento riojano; la escarola; la rica brecolera...

PITILLERA

(Que sale por una puerta del fondo.) ¡Hola, Jeribeque! Dame un tomate. (Lo coge.)

GERIBEQUE

Pues dame tú un pitillo, sin vergüenza; ó dame dos, que el tomate vale más.

PITILLERA

Toma el pitillo y cállate la boca.

CIEGO

(Que sale de la otra puertecilla del fondo.) Romualda, dáme á mí otro pitillo.

PITILLERA

¡Ande la ronda! Toma. (Le da otro pitillo. Di-

rigiéndose á Leoncio.) Señor Leoncio, ¿quiere usted otro pitillo?

LEONCIO

(Secamente.) Ya sabes que no fumo.

PITILLERA

Bueno: no se enfade.

CIEGO

Don Leoncio, ¿hay juerga? (Templa su violín y empieza á tocar *La Marsellesa.*)

LEONCIO

Aquí no queremos música.

CHIQUILLA

Don Leoncio, ¿nos da algo?

LEONCIO

(Dándole una perra.) Toma, y á la calle con la música.

PITILLERA

Don Leoncio, ¿cuándo la armamos?

LEONCIO

(Malhumorado.) Vete de aquí, escandalosa

PITILLERA

¡Vaya con el hombre! ¡Adiós, Prim! (Al ciego.) Ve por delante, violín manido, y tócame la Marcha Real. (Sale el ciego tocando la Marcha Real, y detrás la Pitillera muy fachendosa abanicándose.)

GERIBEQUE

Señá Regina, ¿quiere usted algo?

REGINA

Se quiere, pero no se puede. No hay ni una mota en casa.

GERIBEQUE

No importa; al amigo Infinito le regalo yo esta brecolera. (La pone en la mesa.)

REGINA

Dios te lo pague, Geribeque; nos la comeremos á tu salud.

GERIBEQUE

(Vase hacia el patio pregonando.) Buen tomate, buen pimiento, etc.

LEONCIO

(Encontrando lo que buscaba.) Aquí está la dichosa lista.

ESCENA III

LEONCIO, REGINA; PASTOR, CELIA, que entran de la calle observando el local: Pastor viene con traje de paño pardo, sombrero ancho. Celia con el vestido con que se presentó en el fin del segundo acto y además con peinado lugareño, gargantilla y pendientes de filigrana.

CELIA

Aquí es, si no me engaño.

PASTOR

Aquí será; preguntemos á éstos. (Se acerca.)

CELIA

(Imitando el acento de paleta.) Díganme: ¿Es aquí donde despacha un señor memorialista que escribe cartas, busca colocación á las amas de cría y á las criadas...?

PASTOR

Un tal don Juan ó don Pedro Infinito, que trabaja en averiguaciones y echa números para buscar y descubrir las cosas perdidas.

REGINA

Pronto va á salir: siéntesen. ¿Son ustedes de tierra de Toledo?

CELIA

Semos de Arenas de San Pedro, tierra de Avila, para lo que guste mandar.

LEONCIO

Yo soy de Guisando.

PASTOR

¿Es usted de aquella tierra?

LEONCIO

Sí.

PASTOR

Pues no le conozco.

LEONCIO

(Observándoles.) Yo á ustedes sí.

PASTOR

¡A nosotros!

LEONCIO

Sí, á ustedes.

CELIA

¿De ónde nos conoce!

LEONCIO

Pues del café de San Millán. Allí estaban ustedes anoche hablando con Pachín. Ese Pachín es tipógrafo. Hasta el mes pasado trabajamos juntos en la organización de los obreros.

CELIA

Ese Pachín fué quien nos encaminó á este señor Sinfinito, que es el gran sabidor de las cosas ocultas.

PASTOR

Eso, eso. Y me han dicho también que es algo hechicero.

REGINA

Eso no; tóo su artilugio es de buena ley.

LEONCIO

Don Pedro es un sabio caduco, que no contento con conocer bien las cosas de la tierra, quiere lanzarse á los espacios celestes. Es filósofo rancio, matemático apolillado, astrónomo y algo poeta. Algunos le tienen por brujo, pero no hagan caso. Don Pedro es un hombre excelente y no les engañará. Regina, vete á decir á tu amo que hay gente esperándole. (Coge el papel que encontró, y se dirige á su casa.)

REGINA

(Llevándose la brecolera). Voy á avisarle. (Vase por la derecha. Leoncio se va á su casa, haciendo ligera reverencia á Celia y Pastor. Estos le observan atentamente.)

ESCENA IV

ELIA, PASTOR; después la SEVE

PASTOR

Me parece, hija mía, que nos hemos metido en el rincón más lóbrego del infierno. Estamos en la capa social más profunda y tenebrosa. En plena miseria, en plena ignorancia y superstición. Tres noches y dos días llevamos ya en este ajetreo; comenzó nuestra odisea en la calle de Mediodía Grande...

CELIA

Y allí fué nuestra primera contrariedad, porque la tal Cipriana nos dió noticias de Germán diferentes de las que á ti te dieron el mismo día por la mañana...

PASTOR

Y completamente desorientados, llevamos más de sesenta horas, durmiendo poco, recorriendo calles y callejones, subiendo y bajando escaleras .. ¡Ay, hija mía! Mis piernas empiezan ya á resentirse...

CELIA

Ánimo, Pastor mío; yo no me canso. Paso muy buenos ratos recorriendo estos entretenidos infiernos. (Entra la Seve de la calle y da golpes en la mesa del memorialista.)

SEVE

¿Pero dónde está este maldito don Pedro?... ¡Don Pedro! (Corre á la puerta de la derecha y llama.) ¡Señor Infinito! (Se cuela en la habitación.)

CELIA

Me parece que esa mujer es la patrona de la casa donde dormimos anteanoche en la calle de la Fe.

PASTOR

Podría ser... Y la casa no era mala á pesar del gran barullo y las pulgas; la verdad, Celia, no sé cómo tú resistes esta vida.

CELIA

Tantas molestias y fatigas están bien compensadas por el goce de ver mil cosas extraordinarias. ¡Lo que se aprende, Pastor, ante

estos espectáculos de la vida popular! El trabajo rudo, la lucha por el pan, la miseria, la conformidad de algunos, la rebeldía de otros, son enseñanzas de gran valor. Los que no han visto esto, no conocen la vida humana.

PASTOR

Pero son enseñanzas demasiado duras para una mujer delicada y sensible como tú. ¿No te han causado repugnancia las casas de dormir, las fábricas de curtidos, las tabernas, los cafés económicos llenos de gente maleante, la miseria de las habitaciones, las porquerías del Rastro?

CELIA

Sí; pero á la repugnancia se sobrepone el anhelo de ver el mundo y la triste humanidad. (Sale del patio el tío Geribeque pregonando, y se va á la calle.)

ESCENA V

CELIA, PASTOR, LA SEVE y DON PEDRO INFINITO, que trae en una mano el tintero, las plumas de ave, y en la otra papeles y unos libros astrosos. REGINA le trae el gabán y el sombrero, que cuelga en una percha. Infinito coloca la mesa frente al público y se prepara para su trabajo.

INFINITO

Bueno, mujer, no me riñas porque se me hayan pegado las sábanas. Si estuviera yo como tú... ¡Ea! Vamos pronto á ver ese cálculo que quieres que te haga. (Reparando en Celia y Pastor.) ¡Ah! Date prisa, que estos señores han llegado primero que tú.

CELIA

No tenemos prisa; despache á esa señora.

INFINITO

Este número que me traes no lo habrás comprado todavía.

SEVE

No señor; usted me dirá si lo compro ó no lo compro.

INFINITO

Pues no lo compres, Seve. Los cinco guarismos de que consta dan sumados cuarenta y uno; añado un siete, que es el número que corresponde al signo de Sagitario en que estamos; luego deduzco un número que no te puedo decir porque ahí está mi secreto. Apártate, no mires. (Pausa. Silenciosamente hace sus cálculos, y Seve le observa por encima del hombro.)

PASTOR

(Aparte á Celia.) No ceso de observar á este viejo.

CELIA

Pero, ¿qué? ¿Le conoces?

PASTOR

No sé, paréceme que es un hombre á quien yo he conocido hace más de treinta años. (Observándole con disimulo.) Sí, él es; no me cabe duda.

CELIA

(Muy curiosa.) ¿Quién es?

PASTOR

Allá, por el ochenta del siglo pasado, vivía en Madrid un hombre llamado don Pedro del Salar, que se dedicaba á las matemáticas, y á los estudios astronómicos, cosmogónicos, y qué sé yo qué... Era un sabio que se quemaba las pestañas estudiando día y noche; el tal don Pedro, de tanto devanarse los sesos, perdió el juicio. Su familia le encerró en un manicomio.

CELIA

¡Pobrecillo! ¿Y es éste?

PASTOR

Apostaría que sí. En Leganés le tuvieron unos veinte años.

CELIA

¿Y se curó?

PASTOR

No; lo que hizo fué chiflarse más, según me contaron. Por fin se escapó del manicomio con otros locos, y vagando fué á parar al Monasterio de Guadalupe, donde los frailes le socorrieron.

CELIA

¿Pero no tenía familia?

PASTOR

El último superviviente de su familia, era, diez años ha, un droguero de la calle de Atocha. De la casa del droguero se escapó también, y anduvo mendigando en las iglesias. Después supe que se ganaba la vida trabajando de memorialista y haciendo la cábala...

CELIA

¡Ah! ya. Vive de explotar la superstición. Por eso le han puesto el apodo de Infinito, que quiere decir...

PASTOR

Que navegando por los espacios celestes trae acá las verdades; es un cuco, ó un demente muy práctico.

INFINITO

(A Seve.) Ya está hecho el cálculo; busca un número que acabe en uno; mejor aún, en once.

SEVE

Eso no lo hay. ¿Y si fuera ciento uno?

INFINITO

Ese no puede ser hasta el mes que viene, cuando entremos en el signo de Capricornio.

SEVE

¡Capricornio! Vaya un nombre. Así llaman á mi marido.

INFINITO

Ello será porque adornas su augusta frente con los dorados emblemas de la infidelidad.

SEVE

¡Eh! Cállese. ¿Cuánto le debo?

INFINITO

Por el primer problema, diez céntimos; por el segundo, quince, y por la carta que ayer te escribí, que aún no me has pagado veinte. Total, cuarenta y cinco.

SEVE

¡Jesús, qué ¡carero! Pues no hay dinero para pagarle á usted. (Le da las perras.)

INFINITO

(Apilando las monedas.) Es la tarifa. Si no te conviene, busca otro consultor que te lo haga más arreglado.

SEVE

Bueno. Pues quede con Dios. (Al retirarse, fijándose en Celia y Pastor.) ¡Qué puntos serán éstos! Pa mí que esta moza no es trigo limpio. (Vase á la calle.)

ESCENA VI

CELIA, PASTOR, INFINITO

INFINITO

Pasen, señores, y dispensen el plantón. ¿En qué puedo servirles?

PASTOR

Venimos á...

CELIA

(Recargando el acento de paleta.) Como es usted calculante averiguaor, venimos á que nos averigüe...

INFINITO

(Risueño.) Acércate más, guapa moza. Siéntate aquí. (Le señala una banqueta. Celia se sienta á la izquierda de él, junto á la mesa.)

CELIA

(Familiarmente, apoyando los codos en la mesa.) ¿Con estos papelorios adivina usted todas las cosas que no se saben?

INFINITO

(Un poco acaramelado.) Sí, prenda; adivino que deseas encontrar una buena casa en que servir.

CELIA

¡Ay, qué risa! No lo adivina; se lo han dicho.

PASTOR

Se lo han dicho.

INFINITO

¡Ah, picarona! ¡Qué ojos tan pillos tienes! Tú sabes más que yo. Me da en la nariz que tú no vienes á lo que me han dicho, sino á otra cosa.

PASTOR

¿A qué?

INFINITO

La niña es muy salada, y yo la serviré en todo lo que quiera.

PASTOR

¡Eh! señor Infinito, guárdese de requebrarla. Es mi hija.

INFINITO

Por muchos años. (Volviéndose á Celia.) Vamos al caso, Lucero; dime lo que deseas.

CELIA

Madriles arriba, Madriles abajo, buscamos á un hermano mío que se nos ha perdío.

PASTOR

El chico es, como aquel que dice, calave-

ra, perdulario, más que de por sí, por andar en malas compañías.

CELIA

Hémosle buscado en casas nocturnas y locales de maleficio, verbigracia, tabernas y corrumpiciones, sin que le haigamos encontrao.

PASTOR

Y como nos han dicho que usted, señor Infinito, por su ciencia, averigua el escondite de los cuerpos y de las almas, venimos á que nos descubra el paradero del hijo mío y hermano de esta joven.

CELIA

Eso, eso. Y lo primero que tiene que averiguarnos por su brujería ó su cencia, es si mi hermano es vivo ó muerto, que bien podría suceder que por sus pecaos hubiérase dido al otro mundo.

INFINITO

Bien está. Yo trabajo en descubrir los arcanos de este mundo y del que está más allá de nuestros ojos en la inmensidad de lo invi-

sible... Pero tente un poco allá, niña preciosa, y no eches sobre mí tus miradas fúlgidas, ni me enseñes risueña esos dientes blanquísimos. Veo en ellos los mismos dientes con que nuestra madre Eva mordió la manzana del pecado original... ji, ji. (La acaricia la barbilla con el extremo superior de la pluma de ave.)

CELIA

(Con franca risa.) ¡Vaya con el viejo! ¡No es poco atrevido!

PASTOR

Téngase el sabio dentro del recato debido.

INFINITO

Dispénseme. De joven fuí muy enamorado; ¡ay, qué tiempos!; y de viejo, practicando la santa cábala, me ha quedado el hábito de la galantería honesta, sin ofensa para nadie... ji, ji. Empecemos. (Coge un papel y se dispone á escribir.) Ji, ji. (Con solemnidad.) Háme dado en la nariz que el ser á quien busca esta linda moza, no es un hermano, sino un novio.

CELIA

(Riendo.) ¡Ande la órdiga!

INFINITO

Y un novio que se pierde, es la cosa más corriente en estos barrios y en todos los barrios del mundo; pero para estas pérdidas de novios está aquí Pedro Infinito que tiene arte y ciencia para encontrarlos, ora estén perdidos en los recovecos de la costra terrestre, ora en los espacios siderales, que también llamamos planetarios; á ver: el nombre del joven extraviado.

CELIA

(Poniéndose seria.) Se llama Germán.

INFINITO

(Después de un rato de vacilación y hacer muchas muecas.) Germánicus; nombre godo latinizado, equivalente al griego Hieromita y al hebreo Jeroboán. (Hojea un cuaderno mugriento.)

CELIA

Lo primero que tiene que decirnos, es si Germán es vivo ó muerto.

INFINITO

Espérese un poco. (En un papelucho escribe combinaciones de letras.) Las diez letras cabalísticas, no concuerdan con el *Bereschit.*

CELIA

¡Berechiste! ¿Qué chistes son esos?

INFINITO

Bereschit. La primera palabra del Génesis que contiene todo el conocimiento de las cosas terrestres.

PASTOR

Según eso, el chico no vive.

CELIA

Mire bien, señor Infinito.

INFINITO

Poniendo estoy en ello mis cinco sentidos. (Sigue haciendo combinaciones cabalísticas.) Las diez letras concuerdan con el Mereava ó el Carro, que se refiere á todo lo perteneciente al orden celeste.

CELIA

Según eso, Germán está en los espacios celestiales; ha muerto; es un espíritu.

INFINITO

Poco á poco, mocita pizpireta, ji, ji. El ser espíritu, no quiere decir que carezca de forma visible y tangible; las almas van y vuelven.

PASTOR

Quiere decir que el chico ha fallecido; que ya no tiene sustancia, y ha vuelto á la nada de donde salió.

INFINITO

No es eso. Entienda usted, señor mío, que el principio fundamental de la doctrina que practico y enseño, es el siguiente: «De nada, nada se hace. No hay, pues, sustancia que se haya sacado de la nada. La materia misma no ha podido sacarse de la nada.» Lo que en vuestra ignorancia llamáis espíritus, es también materia visible y tangible, como se puede comprobar con mil ejemplos cuya realización está en mi mano.

CELIA

O yo soy lerda, ó lo que quié decir el señor Sinfinito es que si Germán es difunto, andará corriendo sin cuerpo por los mundos deletéreos.

INFINITO

Etéreos, se dice. Esos mundos son el éter ó el espacio, que también es infinito.

CELIA

Entonces, señor Infinito, usted busque á Germán; le coge, le vuelve á poner su cuerpo, y nos le trae acá para que le veamos y hablemos con él.

PASTOR

Ajajá.

INFINITO

Eso está en mis facultades; puedo hacerlo; mas para ello precisa sin fin de cálculos, sin fin de operaciones que llevan mucho tiempo. Tengo que macerar mis carnes, aguzar mi entendimiento, ponerme en ese estado que llamamos éxtasis.

CELIA

Sí; hacerse todo espíritu para penetrar... para...

INFINITO

Justo; la primera operación será escudriñar el reino de los *Sephirots,* que son los seres más próximos al Creador.

PASTOR

Esos son los ángeles y serafines. Entre ellos no busque usted al Germancito.

INFINITO

Entonces me bajo á la región de los *assiah,* donde están los seres que aún no se han desprendido totalmente de la cáscara terrenal y de la torpeza y miserias materiales.

CELIA

(Vivamente.) Ahí, ahí es donde lo va usted á encontrar. Tráigalo pronto, don Sinfinito, y se le abonará por su trabajo lo que sea.

INFINITO

Hablemos claro, mocita vivaracha, ji, ji... que soy hombre de conciencia y no quiero engañar á nadie. Para traer á ese chico del otro mundo á éste, tengo que sacrificar mi pobre naturaleza; pues no puedo ponerme en éxtasis sino á costa de mi sangre, de mi sustancia cerebro-espinal, de mis nervios y de mi tejido adiposo. Una vez que hice esto mismo, para servir á una señora viuda que deseaba hablar con su esposo difunto, me quedé en los huesos, y por poco me las guillo yo también, y me voy cantando bajito á la región de los *sephirots*. Con que niña bonita y señor mayor, esto que me piden les costará á ustedes un pico.

CELIA

Diga cuánto, y nos entenderemos.

PASTOR

Diga lo que nos cuesta la traída del muchacho, y si no nos conviene buscaremos otro nigromántico que nos sirva por menos estipendio.

INFINITO

No encontrarán quien les sirva más á conciencia, ¡rediez! Si ustedes rechazan mis tarifas, no lo hacen por pobreza, sino por tacañería. Hame dado en la nariz que esta moza no es lo que parece: aunque usa vocablos de gente paleta, á lo mejor se le escapan palabras finas, delatando su calidad superior. Esta joven no puede negarme que trae en sus entretelas bolsa gorda: (Olfateando.) lo huelo, lo adivino, ji, ji... (Ademán de tocar el seno de Celia.)

CELIA

Quítese allá, tío Sinfinito, y no me toque.

PASTOR

(Sujetándole.) Quieto, amigo, ó perderemos las amistades. Y ahora, señor Infinito, yo digo que tampoco es usted lo que parece; le reconozco á usted.

INFINITO

(Levantándose y dando golpes en la mesa.) Pues si me conoce sabrá que vivo de mi honrado trabajo, y este trabajo, recontra, hay que pa-

gármelo. Yo voy de lo finito á lo infinito, y traigo lo infinito á lo finito valiéndome de la ciencia encerrada en este libro. (Coge un libracho sobado y sucio, y con él, después de dar golpes en la mesa, lo esgrime como un arma ante los ojos de sus dos interlocutores.) ¿Saben ustedes qué libro es éste? Pues es el libro que el ángel Raziel puso en manos de nuestro padre Adán para consolarle de su expulsión del paraíso, libro que imprimieron después los rabinos. Estudiando en él, hicieron toda clase de milagros Elías, Moisés, Salomón...

CELIA

(Poniéndole su mano en el hombro.) Cálmese, don Infinito; creemos en el libro y en todos sus artilugios. ¿Nos trae usted á Germán, sí ó no?

INFINITO

(Sofocado.) Lo traeré, lo traeré; déjenme empezar mis operaciones; pero en casos como éste, otras personas me han hecho un anticipo...

CELIA

Sosiéguese, buen hombre. Se le hará el anticipo.

INFINITO

(Conmovido, velada la voz, haciendo pucheros.) ¡Ay, hija mía! Tú eres un *sephirot*, disfrazada de chica de pueblo. ¡Dios te bendiga!

CELIA

No se altere; no se incomode.

INFINITO

Me incomodo porque este buen señor disfrazado de paleto, duda de mi ciencia y me regatea el pan que gano con tanto trabajo y tantos estudios cabalísticos, matemáticos, astronómicos y cosmogónicos, pan muy amargo en verdad. ¡Ay de mí! (Llora.)

PASTOR

Sí que dudo de su ciencia; basta de farsa. Usted, traído por su fiero destino á esta condición miserable, se gana la vida engañando con sus cábalas á la pobre gente de estos barrios. (Oyendo esto, Infinito se levanta dominado por una grande emoción.) Si usted ha visto en nosotros personas que no son lo que parecen, yo veo en usted á un hombre en otros tiempos

ilustre y afamado: al insigne don Pedro del Salar, que desde las cumbres del saber se despeñó en los abismos de la locura; fué recluído en un manicomio, y después, de tumbo en tumbo, de caída en caída, ha venido á parar á esta condición miserable.

INFINITO

(Dirígese lentamente hacia Pastor en actitud luctuosa y dolorida.) ¡Ay! ¿Qué voz es esa que canta la elegía de mis infortunios? (Se abraza á Pastor y oculta su rostro contra el pecho de éste, llorando.)

PASTOR

Venga usted aquí, amigo mío; respire ya; recobre su verdadero estado.

INFINITO

(Mirando atentamente al rostro de Pastor.) Le conozco, le reconozco á usted á pesar de los tristísimos años transcurridos. Usted es de la familia de Pastor.

PASTOR

Sí, José Pastor; y usted don Pedro del Salar, el gran matemático y físico.

INFINITO

Sí, sí. Soy quien soy.

CELIA

(Que durante el anterior pasaje ha sacado del pecho sigilosamente un billete de Banco.) Venga acá, Infinitísimo. (Le coge del brazo y le lleva hacia la derecha.) Y pues usted ha de traernos á Germán, aquí tiene el anticipo. (Le da el billete.)

INFINITO

A eso iba. Haré por traéroslo. (Examinando el billete, acercándolo mucho á sus ojos cansados.) Esto es un abonaré de los que pone en circulación el llamado Banco de España. (Lo mira detenidamente por un lado y otro.) Es bueno, es bueno; y aquí dice en caracteres arábigos, ciento. Cien pesetas. ¡Ay, hija mía, qué buena eres! ¿Me permites que te dé un beso?

CELIA

(Graciosa.) ¡Ay! Eso no, don Pedro; no sea usted disoluto.

INFINITO

(Con júbilo, llamando á su criada.) ¡Regina! ¡Regina! (Aparece Regina por la derecha.)

ESCENA VII

CELIA, PASTOR, INFINITO, REGINA

REGINA

¿Qué quiere, señor?

INFINITO

(Con palabra balbuciente y movimiento coreográfico que indican su desequilibrio cerebral.) Regina, mi administradora, mi despensera, mi cocinerita salada; toma este billete.

REGINA

(Mirándolo.) ¿Será bueno? No se fíe de esos.

CELIA

(A la izquierda, hablando con Pastor.) ¡Pobrecillo! el billete le ha trastornado.

INFINITO

(A Regina.) No son lo que parecen; son personajes opulentos disfrazados de paletos. Bolsa gorda. Coge el billete, vete á la tienda del tuerto, y allí lo cambias; ten cuidado no te

den duros falsos. Luego vas á la plaza: trae una pierna de carnero, jamón, cuarto de kilo; escabeche de besugo, chicharrones y queso de Roquefort. Vas á la confitería y te traes media docena de pasteles; y no me sises, no me sises. Tráeme la vuelta completa.

REGINA

¡Qué le he de sisar!

INFINITO

Vete pronto.

REGINA

¿Y me deja comprar lo que me hace falta?

INFINITO

¿Qué?

REGINA

Mire cómo tengo las chinelas; ¿compro otras?

CELIA

Sí, cómprelas, para que se ponga decentita.

REGINA

Me voy.

INFINITO

Aguarda un poco; trae también media botella de Rioja.

CELIA

Media, no; botella grande.

INFINITO

Muy grande.

REGINA

Bien, señora. (Vase.)

ESCENA VIII

CELIA, PASTOR, INFINITO; al fin de la escena, LEONARDA y VIRGINIA

CELIA

(Impaciente.) Bueno, don Pedro; si ha de traernos á Germán, váyase pronto.

INFINITO

No hay prisa todavía; tengo que dar algunos pasos, y espero el oportuno momento. Yo sé cuándo tengo que irme.

PASTOR

Ya que ha visto usted que puede hacer milagros sin tantos embelecos, lo mejor será que pegue fuego á todo ese papelorio lleno de formularios mentirosos.

INFINITO

¡Ay, amigo mío! Quemarlos, no. Con esos papeluchos, con esas armas, me he defendido del hambre en mi triste vejez. El libro que el ángel Raziel entregó á nuestro padre Adán, me ha dado lo suficiente para unas sopas y un cocidito... Fíjense ustedes en la mísera condición del vecindario de esta casa y de las adyacentes. Aquí no hay más que gente pobrísima, vendedores ambulantes, menestrales de la clase más humilde, obreros cargados de hijos, que apenas ganan para ir tirando malamente. Las mujeres anémicas, los hijos encanijados, trabajadores en ruda pelea con sus patronos, que unas veces les despiden sin motivo, otras les rebajan la soldada; industriales en pequeña escala que son víctima de la brutalidad de los asentadores, niños que desde que nacen vienen al mundo empadronados para el cementerio... ¡Oh mun-

o miserable! ¡Oh sociedad sin brújula ni go-
ierno! A esta plebe desvalida no llega la ac-
ión de los ricos, que viven allá arriba des-
uidados de todo lo que no sea su propio in-
erés. Apenas llegan acá migajas de las cari-
lades aparatosas que derraman sin ton ni son
las clases pudientes.

CELIA

Muy bien, don Pedro. Y usted vive entre estas pobres gentes, y las ama y las consuela.

INFINITO

Sí, sí. Todos mis cariños son para este buen populacho que, desamparado de los gobiernos, esquilmado por el fisco, hostigado sin cesar por los polizontes, vuelve sus ojos á lo desconocido, al más allá, á lo infinito... Ya saben ustedes, y si no lo saben apréndanlo ahora, que lo finito tiende á volar hacia lo infinito cuando se ve en desgracia. Ejemplo yo; ejemplo todos mis clientes y parroquianos. Los hombres se resignan; las mujeres chillan, alborotan, y llorando vienen á mí pidiéndome la cura del chiquillo enfermo, la comunicación con un sér ausente, el arbitrio para encontrar dinero, el premio de la lote-

ría, y mil y mil consuelos fantásticos y so
brenaturales. Vean ustedes el secreto de m
agencia cabalística. En esta mesa, con e
auxilio de estos librachos infundiosos y pes
tilentes, soy el hechicero de los infelices qu
han perdido la esperanza del bienestar, la f
religiosa y la fe social. A mi modo yo con
suelo á los afligidos, yo pongo unas gotita
de agua en la boca del sediento. Claro es qu
les engaño con risueñas ilusiones... ji... ji..
Yo consuelo á toda esta gente... ji... y al mis
mo tiempo cómo... ji... ji... que también yo
soy hijo de Dios... y no dirán que abuso. A las
muy pobres, por ponerles al habla con un séi
difunto, no les cobro más que una perra
gorda.

CELIA

(Impaciente.) ¿Y no será ya hora de que vaya
usted á traernos á Germán?

INFINITO

Sí, ya voy. (Coge su sombrero para salir; detié-
nese.) ¡Ah! Si antes que yo llega Regina mi
asistenta, háganme el favor de decirle que
ponga inmediatamente al fuego, en cazuela,
la pierna de carnero; hoy es día grande, me
permito un extraordinario.

CELIA

Descuide; yo ayudaré á Regina, y tendrá sted hoy una comida suculenta.

INFINITO

Ji, ji, ji. Bien me la merezco. Hasta luego.

(Al intentar salir aparecen Leonarda y Virginia, que viven en el patio próximo.)

LEONARDA

¡Ay, don Pedro de mi alma!

VIRGINIA

No se vaya, por Dios, que tenemos que hablar.

INFINITO

¿Qué les pasa?

LEONARDA

Vengo sobre mi marido, á ver cómo le colocamos.

VIRGINIA

Mi chico está peor, enteramente baldadito...

INFINITO

Pues yo tengo que salir; pero si despachais pronto...

CELIA

No, no, don Pedro; váyase usted. Yo me encargo de servir á estas señoras. Yo sé todo este requilorio tan bien como don Pedro.

INFINITO

Mejor que yo lo sabe; es mi discípula.

CELIA

(Sentándose en la silla de Infinito.) Ya estoy en funciones. A ver, señoras. ¿Qué quieren?

LEONARDA

Don Pedro ya lo sabe.

INFINITO

(A Celia.) Ésta pide al Ayuntamiento un destino para el marido. Esto es lo que llaman la cábala de facción ó de partido. Aquí está el formulario. (Le entrega un cuaderno. Aparte, á la izquierda.) ¡Qué conflicto, Señor! ¿Dónde

encontraré á ese Germán, esa bala perdida? ¿Estará en el planeta Júpiter, vulgo Estación de las Pulgas? No, no. ¿Estará en la taberna del Cuco, vulgo región de los Zefirots? No sé. Lucido quedo con estos señores si no lo traigo. ¡Angel Raziel, ilumíname!... guía mis pasos. Voy, voy. (Sale á la calle.)

ESCENA IX

CELIA, PASTOR, LEONARDA, VIRGINIA; después LEONCIO

CELIA

A ver, tú.

LEONARDA

Mi Julián, desde que le cogió el tranvía está imposibilitado. Póngale al alcalde una carta con salutación, verbigracia, puestas las letras en forma y manera que sean como venidas de las potencias celestiales.

CELIA

(Hojeando el libro.) *Julianus. Capadocius. Sephirots. Alcaldíbilis in terran, matritun garabatin lucis.* Esto es muy sencillo. ¿Y tú? (Dirigiéndose á Virginia. Entra Regina y pasa hacia

su habitación, llevando el cesto.) ¿Tienes un niño enfermo?

VIRGINIA

Sí, señora; baldadito de la pierna.

CELIA

¿Le han puesto la pierna en escayola?

VIRGINIA

No, señora; ha dicho el médico que hay que llevarle al *espital* para mirarle la rodilla con eso que llaman los rayos de la equis. Póngame una oración de San Rafael que ahí tiene don Pedro, la cual es como un sortilegio que se le pone después de untarle con aceite de las lámparas benditas.

PASTOR

Pronto se les arreglará eso. Celia, ya sabes.

CELIA

(Haciendo garabatos en un papel.) A ello voy. Siéntense las dos aquí, y esperen un rato. En un momento haré la conjuración del anagrama pentacróstico y peripatético; mas para

que yo pueda trabajar, necesito no ser vista ni oída. Háganme el favor las dos de taparse los ojos y no pronunciar palabra alguna mientras yo me pongo en éxtasis. (Sale Leoncio de su casa, se acerca lentamente y permanece á discreta distancia de la mesa, observando.) Vamos, vamos, ya empiezo. (Las dos se tapan los ojos.)

PASTOR

Mucho cuidado, señoras; tápense bien y estense calladitas. (Mientras permanecen con los ojos tapados las dos mujeres, Celia saca rápidamente de su seno los billetes de Banco. Coge dos. Coge al propio tiempo de la papelera de don Pedro dos sobres y dos hojitas de papel, mete cada una en su sobre añadiendo un billete de cien pesetas; cierra luego los sobres, y escribe una palabra en cada uno de ellos.)

CELIA

(Suspirando fuerte.) Ya está.

LEONARDA

¿Podemos abrir ya?

CELIA

Abran. (Fingiendo cansancio.) ¡Ay, lo que me ha costado esto! (Fingiendo no ver bien.)

Vengo encandilada de las luces infinitas que refulgen en los aposentos celestiales. (Mostrando los dos sobres.) Aquí tienen ustedes cada una su remedio. Este es el de Leonarda. (Se lo da.) Este el de Virginia. (Se lo da.) Ahora falta una cosa muy esencial; fíjense bien en lo que les advierto. Se van ustedes cada una á su casa sin abrir este sobre. No pueden abrirlo hasta que pase hora y media, más bien minutos más que minutos menos, y durante este plazo han de estar con el mayor comedimiento ocupadas en sus faenas domésticas; pero sin blasfemar, sin charlotear con las vecinas. Dentro del sobre van las instrucciones de lo que deben hacer para que dé buen resultado el conjuro.

LEONARDA

Está bien; muchas gracias.

VIRGINIA

¿Y cuánto le debemos?

CELIA

A mí, nada. Páguenle á don Pedro lo que él les diga.

LEONARDA

Joven; su cariz y su habla me recuerdan á una gitana de las Cambroneras, la cual, poniéndose en punto de ensoñación, hacía cada milagro que temblaba el misterio.

VIRGINIA

Es usted mismamente como aquella gitana: los mismos ojos pillos, la boca graciosa... La color sí que es muy otra.

CELIA

Sí, sí; yo soy esa gitana.

PASTOR

Lo de la color es porque se ha pintado de blanco.

CELIA

No; es que me he despintado de lo moreno.

LEONARDA

(Levantándose.) Vaya, con Dios, y que haiga salud.

VIRGINIA

Lo mismo digo; adiós.

CELIA

Váyanse pronto, que está aquí un señor esperando. (Se van las dos mujeres por el patio.)

ESCENA X

CELIA, PASTOR, LEONCIO

LEONCIO

(Avanzando.) ¿Se ha ido don Pedro?

PASTOR

Sí señor; pronto vendrá.

CELIA

Caballero, ¿quiere usted que le saque el horóscopo ó que le adivine alguna cosita?

LEONCIO

Gracias. Ya he visto que el gran Infinito

la dejó á usted aquí para sustituirle en sus enredos cabalísticos.

CELIA

Justamente; soy su discípula, su secretaria. ¿Necesita consultarme sobre algún asunto concerniente al mundo invisible?

LEONCIO

(Con amabilidad.) Gracias, señora mía. Yo no me ocupo más que de lo que está al alcance de mis sentidos.

CELIA

¿No me reconoce usted como discípula y secretaria de don Pedro?

LEONCIO

Por tal la reconozco. (Con intención.) Ya pude admirar la destreza con que usted ejerce la ciencia sublime, la ciencia consoladora del gran Infinito.

CELIA

¿Lo ha visto usted?

LEONCIO

Sí, señora. He visto la hermosa respuesta que dió usted á las consultas cabalísticas de aquellas pobres mujeres...

CELIA

¿Y qué más ha notado usted en mí?

LEONCIO

He notado que usted abandona ya el acento paleto con que entró en esta casa.

PASTOR

Es que...

CELIA

Es que hablo el lenguaje que más me acomoda, según las circunstancias.

LEONCIO

Ya, ya. Las personas que no pertenecen á este mundo mísero no pueden, no saben disimular su calidad.

CELIA

Bien. ¿Quiere usted algo de mí?

LEONCIO

Poca cosa. Ocasionaré á usted una pequeña molestia. Hágame el favor de abrir ese cajón.

CELIA

(Tirando del cajón.) Ya está.

LEONCIO

Encontrará usted un gran montón de sobres con la dirección escrita.

CELIA

(Sacando un montón de sobres.) Aquí están. (Leyendo algunos sobres.) «Francisco López, cantero, Amparo, 10.» «Aquilino Soto, curtidor, Tribulete, 3.»... «Ramón del Río...»

LEONCIO

Son los obreros á quienes tengo que dirigir una circular para...

CELIA

(Oponiéndose á que Leoncio coja los sobres.) Perdone usted, señor mío. Estos sobres dirigidos á los obreros de esta casa y de otras casas de

estos barrios los necesito yo para mis cábalas... Si no lo entiende le sacaré el libro de los Sephirots y de los Asiats.

LEONCIO

Señora...

CELIA

Pastor, guárdame estos sobres. (Da el paquete de sobres á Pastor.)

PASTOR

Vengan.

LEONCIO

(Aparte, confuso.) ¿Qué querrá esta señora?... (Entra de la calle Infinito, sofocado, limpiándose el sudor de la frente.)

ESCENA XI

CELIA, PASTOR, LEONCIO, INFINITO; después ESTER

PASTOR

Ya está aquí don Pedro.

CELIA

(Levantándose, corriendo á recibir á Infinito.) ¿Y Germán?

PASTOR

¿No le ha encontrado?

INFINITO

(Jadeante.) No... no; pero... pero...

CELIA

(Con gran ansiedad.) ¿Pero qué?

INFINITO

Tranquilícese. Sé dónde está; pero no podré traerle... hasta después... En cambio, para que vea usted que la he servido bien, vendrá su mujer.

CELIA

(Estupefacta.) ¡Su mujer!

INFINITO

Sí... sí; Ester. Ahora vendrá.

LEONCIO

Ester, una chica excelente: Ya está aquí.
(Entra Ester de la calle y avanza tímidamente.)

INFINITO

Pasa, Ester. Esta es la señora disfrazada de paleta de quien te he hablado.

CELIA

(Como alelada.) ¡Ester! (Ester corre hacia Celia y se arrodilla ante ella con gran emoción.)

ESTER

¡Celia, señora y hermana mía! (Le besa las manos. Pausa.)

CELIA

(Con intensa emoción.) Levántate. (Levántase Ester; se abrazan y se besan.)

ESTER

¿Has venido á buscarme?

CELIA

(En gran confusión.) No... (Recogiendo sus ideas.) Sí, sí; he venido...

ESTER

Bendita seas si has venido á perdonarme.

CELIA

Perdóname tú á mí... Saliste de mi casa sin que yo te diera el socorro que debí darte.

ESTER

Olvidemos eso...

CELIA

Tú olvidas, eres feliz... Yo no sé olvidar. (Dominada por intensa emoción se lleva el pañuelo á los ojos. Acometida de un ligero desvanecimiento, se deja caer en una banqueta próxima.)

ESTER

Señora mía, ¿por qué esa turbación?

ESTER

Me figuro, hermana mía, que te cuesta trabajo preguntarme por Germán.

CELIA

(Rehaciéndose, sacando fuerzas de flaqueza.) Pues te pregunto... ¿Eres su mujer ó es que... vivís juntos sin estar casados?

ESTER

No estamos casados; pero desde que salimos de tu casa no hemos estado separados ni un solo día.

CELIA

(Con gran estupor.) Pues me habían dicho... Sigue, cuéntame.

ESTER

Desde hace un mes trabajamos en la gran Trapería de Cross. Germán está hoy en la estación recibiendo la mercancía que viene de provincias.

CELIA

Quiero verle, he venido á buscarle. ¿Qué taller es ese donde trabajáis los dos?

ESTER

La Trapería de Cross, muy cerca de aquí.

LEONCIO

(Que se aproxima con Pastor é Infinito al grupo de las mujeres.) El grandioso depósito donde se recoge todo el desecho de la vida y de la sociedad para devolverlo á la industria y constituir nueva riqueza, vida nueva.

INFINITO

Es el detritus social que renace en las manos de una empresa poderosa.

PASTOR

Cross y Compañía. Conozco esa casa.

CELIA

¿Almacén de trapos? ¿Despojos que vuelven á la vida?

LEONCIO

Véalo usted, señora.

CELIA

(Con entusiasmo.) He venido á los infiernos, y no me retiraré sin ver ese antro en que los despojos se transforman, y las cosas muertas resucitan. Vamos allá. (Enlazadas por la cintura, Celia y Ester van delante hacia la calle, seguidas de Leoncio y Pastor. Infinito, haciendo el signo de comer, se va su casa, á cuya puerta se asoma Regina.)

Telón.

FIN DEL ACTO TERCERO

ACTO CUARTO

Gran almacén de trapos. En el centro y en el fondo del escenario montones de trapos de todas clases. Grupos de mujeres situadas junto á largos tableros, se ocupan en separar las tres clases de hilo, algodón y lana, para formar con ellos nuevos fardos, que serán expedidos á diferentes fábricas. En lo más hondo de la escena, se ven los aparatos de desinfección, hornos ó calderas. Los grupos de mujeres que hacen la separación del género, están dirigidos por tres capatazas que inspeccionan la labor. A la izquierda una mampara de cristales con ventanillo practicable, tras de la cual está la gerencia y administración del establecimiento. Es de día.

ESCENA PRIMERA

CELIA, ESTER y Pastor, que entran por el fondo. Las obreras cantan. El telón sube lentamente.

PASTOR

Aquí tienes, Celia, el formidable establecimiento de trapos, fin y principio de industrias colosales.

CELIA

(Observando atónita.) Esto es grande... es también hermoso...

ESTER

Fíjate: esas mujeres están haciendo los tres apartados de trapos: hilo, algodón y lana. (Ordenando á las obreras que moderen su algarabía.) Ea, señoras; guarden silencio, que hay visita... Yo soy capataza, y ésta que ves aquí es la sección que tengo á mis órdenes.

CELIA

(Maravillada.) Ya comprendo lo que nos dijo aquel señor en la casa de Infinito. Aquí viene el desecho de la vida, y aquí se le prepara y dispone para nuevas industrias.

PASTOR

Nada muere, nada se pierde en la naturaleza; lo que abandonamos por inútil, revive y vuelve á colaborar en nuestra existencia. Los guiñapos de algodón salen de aquí para convertirse en papel, en periódicos, en libros. El hilo revive en librillos de papel de fumar, y los recortes ó retazos de lana vuelven á ser batanados para confeccionar fieltros, alfombras, mantas de abrigo...

CELIA

¿Y de la seda qué hacen?

ESTER

Los recortes de seda son lo que menos vale: el despojo de las cosas elegantes fenece aquí.

CELIA

¡Es asombroso! ¡Cuánto me alegro de ver esto! ¿No me has dicho que conoces á los dueños de esta gran trapería?

PASTOR

¡Ya lo creo! En casa hemos hecho con ellos algunos negocios. Voy á ver si está don Gustavo. (Se acerca al ventanillo y llama.)

DON GUSTAVO

(Mostrándose por el ventanillo.) ¡Ah! ¿Es usted, Pastor? ¿Qué bueno por aquí? ¿qué facha es esa, don José? Parece que no viene usted solo...

PASTOR

Ya le explicaré. Ábrame la puerta y hablaremos.. (Abren la puerta del escritorio y entra Pastor.)

ESCENA II

CELIA, ESTER y OBRERAS. Ester coge dos banquetas y se sientan las dos, una enfrente de la otra.

CELIA

Pero, ¿tú no trabajas?

ESTER

Ahora no. Pronto es la hora de comer, y se suspende el trabajo. Charlaremos un poco.

CELIA

Pero... (Mira á todos lados inquieta y recelosa.)

ESTER

Tú quieres preguntarme algo y no te atreves.

CELIA

Sí, me atrevo. Germán ¿dónde está?

ESTER

Suponiendo que no querrás verle, no le mandé recado.

CELIA

Mándaselo. ¿Y no viene á comer?

ESTER

Comerá en casa.

CELIA

¿Y tú con él?

ESTER

No; yo me quedo aquí para acompañarte. Aquí me traerán la comida... Francamente, Celia; no quiero llevarte á mi casa, que es pobre, muy pobre.

CELIA

¿Y qué me importa la pobreza? (Con gran energía.) Quiero ver á Germán. (Levántase.)

ESTER

Ten calma. (La obliga á sentarse.) Yo le mandaré recado para que venga.

CELIA

(Confusa.) ¿Va y viene cuando tú se lo mandas?

ESTER

Me obedece ciegamente.

CELIA

(Atónita.) ¿Te obedece ciegamente? Un hombre de su inteligencia, de su iniciativa...

ESTER

Sí: el joven de imaginación ardiente, voluntarioso, tornadizo, es ya hombre formal, atento no más que á sus obligaciones.

CELIA

¿Y ese milagro lo has hecho tú?

ESTER

Yo... ¿No lo crees?

CELIA

Doy crédito provisionalmente á lo que me dices... pero necesito verlo. (Suena una campana, señal de que ha llegado la hora de comer. Se suspende el trabajo: fórmanse grupos de mujeres en distintos puntos de la escena, disponiéndose á comer, unas

en mesa, otras en el suelo. Entra por la derecha una chiquilla que le trae á Ester la comida y una botella de vino.)

ESTER

¿Serás tan buena, serás tan humilde que comas conmigo este pobre cocido?

CELIA

Sí, muy á gusto me pongo á tu nivel. He bajado al infierno para ver de cerca las estrecheces de las clases inferiores. Soy en este momento una obrera humilde como tú.

ESTER

Está bien. (La chiquilla pone en una mesita los enseres de comer, cazuela, platos, etc... Ester se sienta frente á Celia y extiende un mantelito muy limpio, pone en él la cazuela y vierte en ella el puchero, disponiéndose á comer el frugal cocido.) Los grandes son grandes hasta cuando se empequeñecen.

CELIA

(Cogiendo su cuchara.) Este cocidito está diciendo «comedme».

ESTER

Pues comámosle con bendición, y quiera Dios que esta buena armonía entre las dos no se rompa.

CELIA

No se romperá. Y ahora sigue tu cuento.

ESTER

Vuelvo á nuestro asunto.

CELIA

Ante todo, dime si desde que saliste de mi casa habéis vivido juntos Germán y tú.

ESTER

Sí. Expulsados de tu casa, el mismo día nos reunimos Germán y yo en la calle, y nos fuimos á Getafe, á la casa de una prima de él, donde vivimos hasta que se nos acabaron los pocos recursos que él y yo llevábamos. Decididos á trabajar vinimos á Madrid, y tomamos una casita en la calle de Santa Inés. ¡Ay, Celia! No tienes idea de los trabajos y

fatigas que pasamos durante tres ó cuatro semanas, tratando de ganar un pan bien amargo.

CELIA

¡Ay, pobrecilla! ¡Qué pena me das contándome esas desdichas que yo pude evitar!

ESTER

Yo no te acuso, Celia... Tranquiliza tu conciencia, y óyeme lo que voy á decirte. En medio de aquellos horribles afanes, en aquel luchar angustioso por unos mendrugos de pan amarguísimo, yo era feliz.

CELIA

(Asombrada.) ¡Feliz! ¿Has dicho que eras feliz en tu miseria?

ESTER

Sí; porque si todo me faltaba, poseía la ventura más grande para mí: el amor de Germán.

CELIA

(Con amargura y asombro.) ¿Germán te amaba entre tantas privaciones y en esa lucha horrible por el pan? ¿Y tú le dominabas?

ESTER

Sí; á veces con dulzura, á veces empleando esta energía que me ha dado Dios... Tú conoces esa energía, Celia; tú la conoces...

CELIA

Sí, sí; siempre fuiste indómita; tratabas de imponer tu voluntad.

ESTER

Eso, eso. Mi voluntad, más poderosa en los infortunios que en los tiempos prósperos, se sobrepuso al carácter imaginativo, voluble, impulsivo y alocado de Germán. Yo le hice mío, enteramente mío; yo le enseñé la resignación, la constancia en el trabajo, siempre con miras al porvenir; yo le aparté de las combinaciones picarescas para adquirir dinero sin trabajo; yo le libré de la maldad, del crimen. Yo, buscando y rebuscando los mejores acomodos, le traje á la paz y al bienestar modesto de esta soberbia granjería de trapos donde hemos logrado una existencia tranquila y provechosa.

CELIA

¿Crees que será duradera? ¿Tendréis aquí trabajo para mucho tiempo?

ESTER

¡Ay, no sé! Desde ayer corre el rumor de que este negocio pasa á manos de una compañía extranjera que ofrece por él seis millones de reales nada menos.

CELIA

(Meditabunda. Pausa.) Esa no es razón. Podréis seguir sirviendo á los nuevos patronos. Y ahora dime: ¿cómo no se os ocurrió ni á ti ni á Germán, al veros en situación tan miserable, acudir á mí por medio de un recado ó de una carta?

ESTER

¡Acudir á ti! ¡Quiá! Algunas veces, viéndonos en la última miseria, pensamos en eso... digo mal: era él quien lo pensaba y me lo proponía; pero yo, que conservaba en mi alma como un fuego sagrado la dignidad de la desgracia, le decía: «No, Germán; á Celia no; á la que nos expulsó de su casa en aquel día

triste, no podemos acudir dignamente.» Una noche en que no teníamos para cenar, insistió Germán en su tema: quería escribirte. Yo me puse furiosa; cambiamos palabras muy vivas; yo le dije que si él no tenía vergüenza, á mí me sobraba esta virtud. Le dominé al fin con mi palabra y mi gesto; creo que llegué hasta pegarle. Germán acabó por darme la razón. No; la pobreza desvalida debía pedir misericordia á Dios, no á los poderosos de la tierra.

CELIA

Pero dime otra cosa: sácame de una duda...

ESTER

¿Qué?

CELIA

¿Cómo es que teniendo tú tanto ascendiente sobre Germán y siendo tu voluntad maestra de la suya, no has conseguido que se case contigo?

ESTER

En ello estamos. Por no tener recursos suficientes no nos hemos casado ya; pero... pronto será.

CELIA

Sí; pronto, pronto. (Entre las mujeres que comen en distintos puntos de la escena se produce un murmullo que corre de grupo en grupo. Algunas, entre curiosas y asombradas, se fijan en Celia.) ¿Qué ocurre?

ESTER

Te han conocido. Entre esas mujeres hay una que sirvió en tu casa. Ya no puedes sostener el incógnito.

CELIA

Me han quitado la careta. No importa.

DON GUSTAVO

(Por el ventanillo.) Ester, un momento.

ESTER

Voy. ¿Qué me querrá? Dispénsame.

CELIA

Aquí te aguardo. (Entra Ester en el escritorio.)

CATALINA

(A sus compañeras.) Os digo que sí. Fué mi ama. ¿Verdad, señora Marquesa, que fué usted mi ama?

CELIA

Sí por cierto.

CATALINA

Y ama también de Germán.

CELIA

También.

CATALINA

¡Y hermana de leche de Ester, de nuestra capataza!

CELIA

¡Justo!

OBRERA 1.ª

¡Qué suerte la de Ester! Y la señora, que es Marquesa, viene vestida como una pobre.

CATALINA

¡Viva la señora Marquesa!

OBRERAS

¡Viva!

CELIA

Callad. ¡Os lo suplico!

ESCENA III

CELIA, INFINITO, GERMAN, OBRERAS

INFINITO

Pasa, Germánicus, no seas vergonzoso, que la timidez no es virtud, sino defecto que afea y desmejora al hombre fuerte.

CELIA

¡Ah, Germán!

GERMAN

Señora...

CELIA

(Como alelada.) Pareces otro.

GERMAN

Y otro soy.

CELIA

Transfigurado estás.

GERMAN

(Ceremoniosamente.) Señora: Bienaventurados son hoy nuestros ojos, al ver que usted se digna descender hasta estos pobres, para iluminarnos con sus bondades, con su gracia, con su...

CELIA

(Risueña.) Germán, ven á mí. (Le alarga la mano. Germán corre hacia Celia y le besa la mano.) Venga usted también, don Pedro.

INFINITO

(Después de besar la mano de Celia.) Ilustre dama desconocida que descendisteis á nuestra humilde morada con disfraz y acento de lugareña, bésoos la mano, y os deseo mil años de vida para bien de estos desgraciados.

CELIA

Ya conozco, Germán, tus vicisitudes... Ya sé por Ester, que en vuestra miseria sois dichosos, y que... no os habéis casado ya por falta de recursos.

GERMAN

Así lo quiere ella, señora, y así ha de ser. Ester, voluntad poderosa, cariño fuerte, ha sometido mi caprichosa y voluble inteligencia. Me enseñó á trabajar, á resignarme; me apartó del vicio: acaso me libró del crimen. Le pertenezco.

CELIA

Es tan cierto, Germán, que su amor y su voluntad rigen tu vida, que al escucharte me parece que la escucho á ella, que hablas con sus palabras.

GERMAN

Así es.

CELIA

Y óyeme tú á mi ahora, Germán. Mientras tú y Ester erais tan desdichados, la que os lanzó á la miseria no era feliz: no lo es todavía. (Se enjuga una lágrima. Pausa.) Pero todo tiene al fin, amigo mío, la debida reparación. Yo he bajado á este infierno para consolar á los que ofendí; para redimiros á ti y á Ester, dándoos un bienestar permanente y seguro.

GERMAN

Señora y ama mía: Dios le pagará tan buena acción. (Le besa nuevamente la mano. Sale Ester á tiempo de verlo.)

ESCENA IV

Dichos; ESTER

ESTER

¿Eh? Germán, ¿tú aquí? ¿Qué haces?

GERMAN

Besar la mano generosa de nuestra protectora.

ESTER

(Con repentino impulso de celos.) ¿Protectora?

GERMAN

Protectora, sí.

CELIA

No me mires de esa manera, hermana. Te engañas en lo que adivino que piensas. Te

uro que te engañas. Pronto has de conven-
certe. (Entra resueltamente en el escritorio.)

ESTER

(Enérgica.) Ven acá, tú, Germán.

GERMAN

Mujer, déjame.

ESTER

Ven acá. Habla. ¿Qué ha sido esto? En cuanto has visto á la señora, has perdido el juicio, ¿verdad?

GERMAN

No delires.

ESTER

No deliro, no, Germán. Temo por ti, por mí. Empleé toda mi paciencia y todo mi cariño en apagar en tu alma la ardiente ambición de grandezas, y ya te tenía por mío para siempre, cuando aparece de improviso Celia á encender en mi pecho esta duda, á renovar en el tuyo el pasado incendio.

INFINITO

Ten juicio, Ester.

GERMAN

Ten juicio. Los celos te trastornan. Juzgas mal á Celia, que no ha venido aquí más que á favorecernos á todos. (Disponiéndose á arengar á las obreras.) ¡Compañeras, oidme vosotras un instante!

ESTER

Ya está en funciones el ruiseñor parlero... ¡No le hagáis caso!

INFINITO

¡Cállate, loca!

GERMAN

(Con acento oratorio.) Esa noble dama dotada de excelsas virtudes y favorecida por su nacimiento con inmensa fortuna, no pone diques á su piedad cuando se trata de favorecer á los desheredados. No solicitéis nunca sus favores con escándalo y vocerío, que ella es maestra en practicar con arte silencioso la dulce caridad. (Gran vocerío de las mujeres. Infinito, entusiasmado, abraza á Germán.)

INFINITO

¡Ah, Germánicus! ¡Admirable y sobrenatural Germánicus!

ESCENA V

Dichos; LEONCIO, que sale del despacho.

LEONCIO

Pero ¿qué algarabía es ésta? Callad todos y oidme: Ordena el señor Cross que se suspenda el trabajo esta tarde.

OBRERAS

¿Qué? ¿Qué es eso?

LEONCIO

Que no hay más labor esta tarde.

ESTER

¿Por qué?

INFINITO

¿Qué pasa?

LEONCIO

Que ahí dentro se está tratando de un asunto importante que quizás cambie en un momento la marcha de esta industria.

ESTER

Explíquese. ¿Es cosa de Celia? Sin saber por qué, estoy en ascuas.

INFINITO

Díganos si ese asunto interesa á los habitantes de la costra terrestre, ó si es una emanación difusa de los espíritus que pueblan los espacios interplanetarios.

LEONCIO

De realizarse, sus beneficios alcanzarán á todos vosotros.

ESTER

¿A todos? ¿A mí también, Leoncio? ¿Está usted seguro? (Siguen hablando bajo.)

OBRERA 1.ª

(A sus compañeras.) Oid, oid: se me ocurre una cosa.

CATALINA

¿Qué?

OBRERA 1.ª

Que tenemos la obligación de cumplir con la señorita Marquesa.

OBRERAS

¡Sí, sí!

OBRERA 1.ª

Pues venid; veréis lo que he pensado. (Hacen mutis Catalina y varias obreras.)

LEONCIO

¡Qué voluntad, qué energía y qué entendimiento! ¡El alma de esa mujer es grande!

ESTER

Ya no la admiras tú solo, Germán. ¿Qué ha hecho?

LEONCIO

Ha tenido un rasgo admirable. Al anunciarle el señor Cross que una casa francesa ha ofrecido por el traspaso de este negocio un millón quinientos mil francos, se puso en pie, y dijo echando lumbre por los ojos: «la casa

es mía; yo doy á ustedes un millón setecientas mil pesetas».

INFINITO

¿Y sabes tú, Leoncio, sabes tú, Germán, que la linda millonaria es soltera?

LEONCIO

¿Y qué nos importa? No se ha de casar con ninguno de nosotros.

ESCENA VI

Dichos; PASTOR, CELIA, DON GUSTAVO

CELIA

(Saliendo del despacho.) Yo no tengo más que una palabra, señor Cross. Compro la trapería, la fábrica de la Roda y todos los inmuebles anejos á esta gran industria. ¿Lo oye usted, Leoncio?

LEONCIO

Lo oigo y me alegro de ello, señora. El capitalismo, seco y egoísta comúnmente, en usted se trueca en virtud sublime, porque

sin duda procede usted así mirando al bienestar de las clases trabajadoras.

CELIA

¿Usted qué sabe?

LEONCIO

Lo supe esta mañana al enterarme de la inaudita generosidad de usted.

CELIA

Eso no vale nada.

LEONCIO

Me quitó usted los sobres que tenía para mandar á los compañeros, y con donosa travesura repartió usted entre éstos cerca de veinte mil pesetas; pero créame usted, señora: la caridad, por grande que sea, no resuelve el problema que á todos nos conturba, ricos y pobres. La plebe laboriosa no se redime sólo por la caridad.

CELIA

¿Pues qué más necesita la plebe laboriosa?

LEONCIO

Justicia, señora.

CELIA

Y la justicia, ¿dónde está?

LEONCIO

Yo no la veo por ninguna parte. Si los seres privilegiados como usted no nos traen siquiera un destello de esa luz eterna, no veo más que tinieblas, no encuentro la salida de este laberinto.

ESTER

Tiene razón Leoncio. Señora y hermana mía: justicia es lo que te pedimos.

CELIA

¿Tú también?

ESTER

Sí; yo la primera.

CELIA

¡Descuida! Sabré hacerla, y pronto.

PASTOR

Ten serenidad, hija mía; procede como quien eres, olvidando resentimientos que rebajarían tu dignidad: arráncate aquella espina...

CELIA

Ya me la arranqué. Me ha dolido, pero el dolor pasó, pasó...

ESCENA VII

Dichos; CATALINA y COMISIÓN DE OBRERAS

OBRERA 1.ª

¡Atrévete, anda!

CATALINA

Vaya si me atrevo: verás. Señá...

OBRERA 1.ª

¡Señora!

CATALINA

Señora Marquesa... aquí venimos...

OBRERA 1.ª

A traer...

CATALINA

A vuecencia este pobre obsequio... en holo... holo...

OBRERA 1.ª

Holocausto...

CATALINA

En holocausto á... en señal de...; ¡vaya! que no sabemos decirlo.

OBRERA 1.ª

Ahí el señor Leoncio hablará por nosotras.

LEONCIO

Aceptad, señora, este ramo, más que como señora, como compañera, pues habéis endulzado las amarguras de los menesterosos, y adquirís el almacén y la fábrica para uniros en lazo familiar con los trabajadores.

CELIA

Y para algo más, Leoncio. Añada usted que

en la escritura que firmaré mañana, me obligo á dar participación en los beneficios de esta industria á todos mis obreros, y á establecer pensiones para los que por su avanzada edad se retiren del trabajo.

LEONCIO

Sois la gloriosa iniciadora de una feliz concordia entre las clases altas y las clases humildes. Vivid mil años, ilustre y santa mujer.

OBRERAS

¡Viva, viva!

CELIA

Pero impongo condiciones. Habéis de ser desde hoy, compañeras mías, en el taller laboriosas y diligentes, en el hogar solícitas y hacendosas, y siempre virtuosas y honradas. Ya lo sabéis. ¡Se prohiben las uniones ilícitas! Y aquellas de vosotras que así vivieren, han de contraer matrimonio civil ó religioso inmediatamente. Y según la cábala del señor Infinito, la primera que ha de hacerlo es Ester.

CATALINA

Eso! Que se case con Infinito.

INFINITO

Conmigo no, ¡rediez! Antójaseme, Germánicus, que con quien la casan es contigo.

CELIA

Afírmalo, Germán. Díle que el esposo de Ester eres tú, que la diste palabra de matrimonio.

GERMAN

Se la di y la cumpliré. Si no la cumpliera, ella no me dejaría vivir.

ESTER

Perdona, Celia. En mi delirio te juzgué menos buena de lo que eres.

CELIA

Coloco á Germán al frente de la administración de la Roda. Podréis vivir allí tranquilos y felices; y yo, aquí, si no feliz, tranquila.

ESTER

¡Dios te bendiga, hermana!

CELIA

Y ahora, no teniendo nada que hacer aquí, me vuelvo á mi cielo.

PASTOR

Ya es hora, hija mía; tus buenos tíos te esperan impacientes, y... yo me canso de andar por las calles vestido de máscara.

LEONCIO

En aquel cielo, señora mía, también hay condenados.

CELIA

Y penas horribles, ¿á quién se lo cuenta usted? Como en este infierno de la miseria hay también santos... y antes de volver á mi casa quiero dejar un recuerdo mío á estos dos santos del infierno. (Coge del ramo dos rosas.) Para usted, señor Infinito, esta rosa blanca, que vale por una pensión para el resto de sus días, y para usted, Leoncio, esta rosa encarnada, que representa un viaje por el extranjero, para completar sus estudios de la cuestión social.

LEONCIO

Acepto, señora, porque no me favorece la millonaria, sino la primera de nuestras entidades industriales.

CELIA

Eso quiero ser. La gran industrial y la gran obrera.

INFINITO

¡Padre nuestro que estás en los cielos, al fin te apiadas de este pobre loco!

CELIA

Y adiós, amigos. Vamos, Pastor.

PASTOR

¡Gracias á Dios!

INFINITO

Celestial criatura, adiós.

LEONCIO

Cuando usted me lo ordene saldré de España. Ya no volveremos á vernos.

CELIA

¡Quién sabe! En estos infiernos he aprendido mucho; en los infiernos y en los cielos de otros países aprenderé mucho más, y al volver á mi patria...

PASTOR

Al volver á tu patria, hija mía, ocúpate en labrar tu propio bien, tu propia ventura.

CELIA

¡Ah! Mi felicidad, sí... Por lo que voy viendo, la única felicidad que Dios me concede consiste... en hacer felices á los demás...

(Vivas y telón.)

FIN DE LA COMEDIA

TRADUCCIONES

En inglés:

Doña Perfecta, a tale of modern Spain. Traducción de D. P. N.—London, Samuel Tinsley, 1886.

Idem. Clara Bell. New-York, Gottsberger, 1883.

Idem. New-York, 1884.

Idem. Traducción de D. P. W. New-York, George Munro, Publisher, 17 á 27, Vandewater Street, 1883.

Gloria. Traducción de Clara Bell. New-York, William S. Gottsberger, Publisher, 11, Murray Street, 1882.

Idem. Traducción de Nathan Wetherell. London, Remington and Co, 5, Arundel Street, Straud, W. C., 1879.

León Roch. Traducción de Clara Bell. New-York, William S. Gottsberger, Publisher, 11, Murray Street, 1888.

Marianela. Traducción de Clara Bell. New-York, William S. Gottsberger, Publisher, 11 Murray Street, 1883.

Idem. Traducción de Helen W. Lester. Chicago, A. C. Mac-Clurg and Company, 1892.

Trafalgar. Traducción de Clara Bell. New-York, William S. Gottsberger, Publisher, 1884.

Zaragoza. Traducción de Minna Caroline Smith. Boston, Little, Brown and Company, 1899.

La batalla de los Arapiles. Traducción de Rollo Ogden. Filadelfia, J. B. Lippincott Company, 1895.

En francés:

Doña Perfecta. Traducción de L. Lugol. París, Giraud, 1885.

Idem id. id. Paris, Hachette.

La campaña del Maestrazgo (Le Roman de Sœur Marcela). Traducción de L. de L***. Paris, Calmann-Levy, Editeurs, 3, rue Auber.

Marianela. Traducción de Julien Lugol. Paris, Librairie des publications à 50 centimes, 34, rue de la Montagne-Sainte-Geneviève.

Idem. Traducción de A. Germond de Lavigne. Paris, Librairie Hachette et C^ie^, 79, Boulevard Saint-Germain, 1884.

El amigo Manso. Traducción de Julien Lugol. Paris, Librairie Hachette et C^ie^, 79, Boulevard Saint-Germain, 1888.

Misericordia. Traducción de Maurice Bixio. Paris, Librairie Hachette, 1900.

En alemán:

Doña Perfecta. Dos tomos, traducción

de J. Reichell. Dresde y Leipsich, Pierson's Berlag, 1886.

Electra. Traducción de Rudolf Beer. Wiener Verlag, 1901.

Idem. Traducción de Rodolfo Beer, arreglada para la escena alemana por Ricardo Fellner. Berlín, 1901.

Gloria. Traducción del Dr. Augusto Hartmann. Berlín, Verlag von L. Schleiermacher, 1880.

El amigo Manso (Freund Manso). Traducción de E. von Baddenbrock. Berlín, Verlag von Karl Siegesmund, 1894.

Trafalgar. Traducción de Hans Parlow. Dresde y Leipzig, Verlag von Carl Reitzner, 1896.

Marianela. Traducción de E. Plücher. Breslau, Auterhaltungsblatt, 1888.

En sueco:

Doña Perfecta. Traducción de K. A. Hagberg. Stockholm, Skoglunuds Förlag.

León Roch. Traducción de A. P. de la Cruz Frölich. Kjöpenhaun (Copenhague). Forlag. Andr. Schous, 1881.

Torquemada en la hoguera (Torquemada paa baalet). Traducción de Johanne Alleu. Cristiania y Copenhague, Forlag A. Christiansens, 1898.

En italiano:

Nazarín (Sicut-Christus). Traducción de Guido Rubetti y José Leon Pagano. Firenze, G. Nerbini.

Gloria. Traducción de Italo Argenti. Firenze, R. Bemporad & Figlio, 1901.

Marianela. Traducción de G. Demichelis. Bologna, Tipografia Pont. Mareggiani, via Volturno, 3, 1880.

La Fontana de Oro. Traducción de Denuchelis. Milán, Fratelli Treves, 1890.

Doña Perfecta. Traducción de Cunes. Milán, Fratelli Treves, 1897.

En holandés:

Doña Perfecta. Traducción de M. A. de Goeje. Leiden, Brill, 1883.

Electra. Leiden, A. H. Adriani, 1901.

En portugues:

Electra. Traducción de Ramalho Ortigao. Oporto, librería Chardron, de Lello & Irmao, editores, 1901.

En dinamarqués:

Fru Perfecta. Traducción de Gigas. Copenhague, Priors, 1895.

EDICIONES ESPAÑOLAS

PUBLICADAS EN INGLATERRA Y ESTADOS UNIDOS

Por concesión especial del autor se han hecho estas ediciones, para uso de los escolares ingleses en las cátedras de lengua española. Al texto español, escrupulosamente reproducido, siguen copiosas notas en inglés, que aclaran todos los puntos gramaticales obscuros, así como los modismos y locuciones provinciales.

Trafalgar, edited with notes and introduction, by *F. A. Kirkpatrick. University Press:* Cambridge, 1905.

Marianela, with Introduction, notes and vocabulary, by *J. Geddes:* Boston, 1903.

Doña Perfecta, with Introduction and notes, by *A. R. Marsh:* Boston and London, Ginn and C°, 1900.

Electra, edited with notes and vocabulary, by *Otis Gridley Bunnell. American Brook Company:* New-York, 1902.

El Abuelo (en prensa): New-York.

OBRAS COMPLETAS

NOVELAS ESPAÑOLAS CONTEMPORÁNEAS

La desheredada.—El amigo Manso.—El doctor Centeno.—Tormento.—La de Bringas.—Lo prohibido.—Fortunata y Jacinta.—Miau.—La Incógnita.—Realidad.—Angel Guerra.—Tristana.—La loca de la casa.—Torquemada en la hoguera.—Torquemada en la cruz.—Torquemada en el Purgatorio.—Torquemada y San Pedro.—Nazarín.—Halma.—Misericordia.—El Abuelo.—Casandra.—El Caballero Encantado.

NOVELAS DE LA PRIMERA ÉPOCA

Doña Perfecta.—Gloria.—Marianela.—La familia de León Roch.—La Fontana de Oro.—El Audaz.—La Sombra.

DRAMAS Y COMEDIAS

Realidad.—La loca de la casa.—La de San Quintín.—Los Condenados.—Voluntad.—Doña Perfecta.—La Fiera.—Electra.—Alma y Vida.—Mariucha.—Bárbara.—Amor y Ciencia.—Pedro Minio.—El Abuelo.—Celia en los infiernos.

OBRAS VARIAS

Discursos académicos.—Memoranda.

EPISODIOS NACIONALES

Primera serie: Trafalgar.—La Corte de Carlos IV.—El 19 de Marzo y el 2 de Mayo.—Bailén.—Napoleón en Chamartín.—Zaragoza.—Gerona.—Cádiz.—Juan Martín el Empecinado.—La batalla de los Arapiles.

Segunda serie: El equipaje del Rey José.—Memorias de un cortesano de 1815.—La segunda casaca.—El Grande Oriente.—7 de Julio.—Los cien mil hijos de San Luis.—El Terror de 1824.—Un voluntario realista.—Los Apostólicos.—Un faccioso más y algunos frailes menos.

Tercera serie: Zumalacarregui.—Mendizábal.—De Oñate á la Granja.—Luchana.—La campaña del Maestrazgo.—La Estafeta romántica.—Vergara.—Montes de Oca.—Los Ayacuchos.—Bodas Reales.

Cuarta serie: Las tormentas del 48.—Narváez.—Los duendes de la camarilla.—La Revolución de Julio.—O'Donnell.—Aita Tettauen.—Carlos VI en la Rápita.—La vuelta al mundo en la Numancia.—Prim.—La de los tristes destinos.

Serie final: España sin Rey.—España trágica.—Amadeo I.—La Primera República.—De Cartago á Sagunto.—Cánovas.—En preparación: Sagasta.